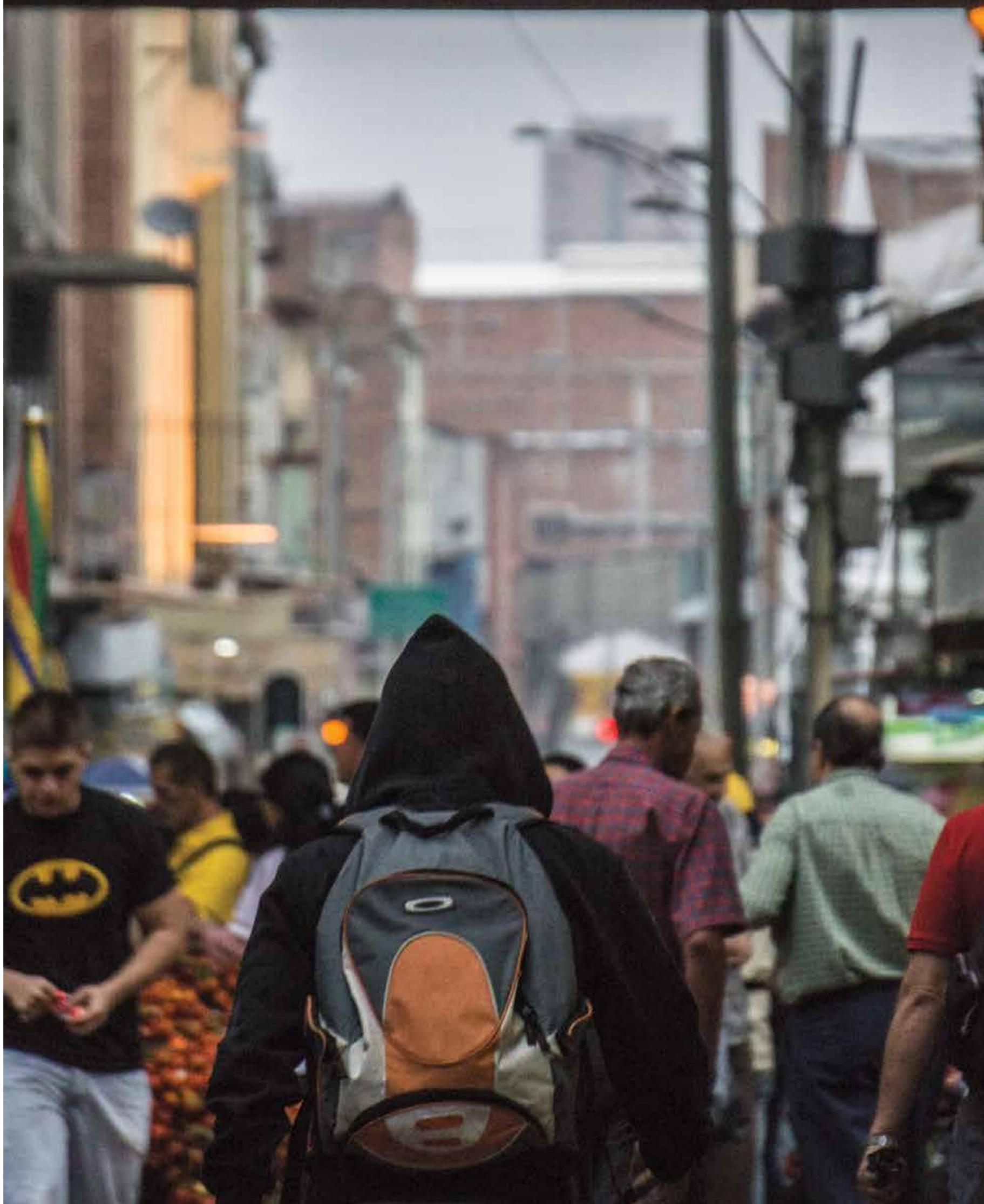


Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 52 - Febrero de 2014 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



5

El fotógrafo sacado de la basura



8

Y encuéntrame allí donde todo es gris y no se sufre



10

Cartas a la carta



12

Una sola sombra larga



18

Los días de la Calliandra



20

El crucero de las ratas



25

Cuando la música era en blanco y negro



UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

ASISTENTE EDITORIAL

– Paula Camila O. Lema

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

– Sandra, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Equipo UC

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación de la Corporación Universo Centro

Número 52 - Febrero 2014

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



Mis primeros setenta años

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Verónica Velásquez

Todas las personas normales del sexo masculino celebramos la llegada de nuestro septuagésimo aniversario de la misma manera. A todos nos despierta de un sueño olvidadizo –con un perro amarillo que lee un libro de René Guénon– la llamada de una novia lejana y perdida, ex estudiante de sánscrito, que nos promete enviarnos por la tarde una bufanda italiana, una colonia recién aterrizada de París o una botella de coñac. Y todos nos levantamos con el mismo pie. Y todos nos asomamos al espejo, porque todos tenemos derecho a un espejo por inopos que estemos, para consolarnos pensando que de todos modos no estamos tan arrugados como estábamos el día de nacer.

Es un enigma para ti cómo personas tan disímiles pueden asomarse sucesivamente a espejos tan diversos. Y que todos nos identifiquemos con el nombre invariable de la primera persona del singular. Pero es todavía más incomprensible que todos coincidiáramos en ese sueño con un perro amarillo que lee un libro esotérico. A veces me digo, como el dios bíblico, Yo soy el que soy. Pero enseguida me pregunto quién soy. Y al no encontrar una respuesta adecuada, me figuro que no somos más que esa pregunta. Una pregunta que sueña con un perro erudito. No somos más que esta pregunta, murmuramos para ti, para tu caletre, decían los antiguos. Murmurar para el propio caletre es un vicio de solitarios, para quien no lo sepa. No solo un privilegio de los niños y los locos.

Y entonces tu gata pintada viene a masajearse los flancos en tus pantorrillas de clarinetista, y una mirra furiosa comienza a cantar un himno bélico en lo alto de una araucaria y pasa una motocicleta con un vallenato a todo volumen y suena el teléfono fijo. Ese horrible teléfono amarillo pollito, de disco, del siglo pasado, que todavía guardas. Y es tu hija, que llama para anunciar que vendrá a visitarte con tu sobrina favorita y con tu hermana mayor y con la pequeña tropa rala de tus hijos. Tu hija te pregunta: “y cómo se siente, pa, cumpliendo setenta años”.

Yo le dije a la mía que cumplir setenta años no es cosa del otro mundo, que a todo el mundo le pasa lo mismo con un poco de suerte, que apenas nos damos cuenta del desastre del tiempo porque en cierto sentido vivimos la eterna distracción de lo que llamamos el hoy, que no es otra cosa que la suma de unos propósitos y de unos recuerdos indecisos que siempre están cambiando de aspecto y de significado. Es obvio, le dije, con mi crueldad característica, que al cumplir setenta años uno está tan cerca del remate del hilo de las parcas como al momento de nacer.

Tus hijos suelen reprocharte la tendencia a los monólogos metafísicos, que debió quedarte de tus tiempos de seminarista o del estudio del insidioso Kierkegaard que te acompañó durante la marcha por los más que intrincados laberintos de tu adolescencia. Y tú, cualquiera que seas, también sientes vergüenza de tu locuacidad impenitente, como yo. Sin embargo, yo no aguanté las ganas de reforzar el argumento. Vivir es peligroso, repetí –la reiteración es un viejo recurso retórico desde Aristóteles–, vivir es peligroso, a cualquier edad, cualquier año, bisiesto o no, los

jueves turbios lo mismo que los martes diáfanos y los agostos secos igual que los eneros florecientes. Dormidos o despiertos, vestidos de gala o en pijama, siempre estamos a un milímetro del abismo, el anciano, el joven imberbe y el barbutas y el neonato y el nonato. Iba a hablarle de las renunciaciones inevitables. Del hecho, por ejemplo, de que a los setenta años sabemos con una certeza irrefragable que ha llegado al fin la hora de renunciar a las muchachas (bueno, en realidad ellas renuncian por uno), pero me pareció que el asunto era de la incumbencia de mi intimidad, que solo me pertenecía a mí y que la confesión sería impúdica. Y solo dije: todas las edades se encuentran un día u otro avocadas a sus propias renunciaciones. El día de nacer renunciemos a la calidez sombría del cáliz del útero, más tarde renunciemos a la dulce y tibia leche materna, y luego al tenebroso deseo de poseer a la madre detectado por Freud en el fondo de la siquis de todos los hombres nacidos al occidente del mundo. Y también llega el día, que a mí ya me llegó, de sentirse más apegado, de un modo más hondo y sincero y honesto, a las pantuflas que a los zapatos de baile.

Tu hija te pregunta: ¿Todavía sigue pensando que la vida es solo un gastadero de ropa? Y todos le respondemos del mismo modo que yo respondí a la mía: con un silencio largo, largo e hirsuto.

Es obvio que tu hija, la hija que todos tenemos el día de cumplir setenta años, está de afán porque corta tu retahíla disculpándose de esta manera: “más tarde hablamos de todas esas cosas que usted siempre está pensando y que no hacen más que amargarnos a todos. Y explicarle a usted la vida”. Y te hace sentir orgulloso de tus poderes. Eso de que tienes la potestad de amargarlos los ratos a los demás envanece a cualquiera. Y sobre todo, vivir una vida complicada. Más vale sacarle todos los jugos a la que nos tocó, incluidos los amargos y los abstrusos. Hay una incierta felicidad en el hecho de no ser infeliz por completo. Después de todo, la infelicidad radical solo es posible en la tragedia griega.

Así pasa siempre. Tu hija cuelga. Pero, como la mía, antes de que pase un minuto vuelve a timbrarte: “tengo que salir para el supermercado a comprar el salmón y las cosas de la ensalada y unos tomates secos y los implementos del aseo porque ya me imagino cómo estará su casa. Y se me hace tarde. Dígame rápido qué quiere que le lleve”. Y uno no sabe qué querer, y tú no sabes qué quieres, qué querrías a esa hora de la mañana, sobre todo así de rápido, preguntado a bocajarro. Pero las mujeres proponen y disponen, y tu hija decide que te llevará unas botellas de vino. Y cuelga.

Y vuelves al espejo, donde peinas una cana nueva, reluciente, o casi nada, en el espacio descubierto de la chonta, y acabas tu reflexión sobre la miseria y la riqueza de los años y bajas las escaleras hacia una cocina, la tuya, aferrado al pasamanos. Porque uno de los síntomas más atroces y claros de que entramos en la senectud es la inseguridad. El miedo de resbalar. Yo me acordé entonces, el día de mi septuagésimo aniversario, de Schopenhauer. Schopenhauer dijo que la marcha no es más que la caída impedida. Y recordé que en la adolescencia nos gustaba bajar las escaleras a saltos con un trocete que sacaba de quicio a

mi padre. Dónde estará mi padre. El padre mío que murió a la edad que yo tengo ahora con un rostro muy semejante a este que hoy porto o transporto.

Tu hija llega a tu casa cerca del mediodía con su hermano y sus hermanastros, quienes prepararán la cena, y con tu hermana, como prometió, y con tu sobrina más querida. Todos cargan alguna cosa. Unos llevan pequeñas cajas de cartón muy semejantes por el aspecto pero distintas por el contenido; otros marchan fatigosamente con las manos crispadas en las orejas de bolsas crujientes con logotipos azules y logotipos verdes y logotipos rojos y rosados, por cuyas bocas asoman las hojas en espada de las cebollas y las desmayadas ramas del apio y nalgas de melones y tomates rubicundos y tarros de precocidos y bandejas selladas, de polietileno, con peces congelados de ojos fijos que muestran los dientes. Vas a ayudar. Pero tu hija es perentoria, igual que la mía, y con la fórmula habitual te ordena: “síntese pa, por ahí, que yo lo atiendo”, mientras camina hacia la nevera, donde pone el queso suizo donde dice queso y la manteca donde dice mantequilla y los huevos donde está escrito huevos y las cosas del congelador en el congelador y en la bandeja de las carnes las carnes, al contrario que tú, su padre. Y cuando termina la liturgia pasa los ojos en redondo por la casa diciendo con una decisión que a mí me pone los pelos de punta, mientras mis hermanos cocinan: “yo voy a poner un poco de orden en esta casa”.

Ya sé, eso de “voy a poner orden en esta casa”, en boca de una mujer siempre te sonó a amenaza. Pero la amenaza en boca de mi hija suena más aterradora porque es minuciosa, maníaca del orden como su madre, implacable con la mugre. Puedo verla con su turbante de toalla rosado, armada con los guantes amarillos de caucho, vestida con el delantal con un lobo estampado en el bolsillo como el del cuento viejo de Caperucita. Lleva en una mano una escoba nueva de barbas verdes. Y en la otra un plumero púrpura. Del hombre derecho le cuelga un trozo de dulceabrigo como una bandera pronta a desmenuzarse. Revela incompasiva los secretos de las rinconeras, rastrea los ciscos que el desgaste acumula en los intersticios y en las juntas de las cosas. Sales negras

y ásperas al tacto como el café, sulfatos amargos más o menos maleables bajo la presión de las yemas, y esos diminutos hongos babeantes y esas bacterias invisibles que andan camufladas en el polvo, si hemos de confiar en las supersticiones de los biólogos y los higienistas, y los pequeños personajes ciegos que viven en las gavetas de sorber las sustancias de los huevos de las cucarachas y las amodorradas pollitas que sientan en los pliegues de las camisas de lana.

Me pregunta si es que me gustan las arañas. Y yo le respondo que no, que no me gustan, pero que tampoco me importa compartir el espacio con esas familias que quizás viven en esta finca hace más tiempo que yo. Y que no lo hago por respeto porque no tengo que ver con esa clase de fariseísmo hinduista de los moralistas de la Nueva Era. Que simplemente (y llanamente) las arañas están ahí y yo las dejo ser y ellas me dejan ser a mí, y que las telarañas no son más que un pequeño inconveniente que debo tolerar en mi convivencia con ellas. Y mi hermana mayor y mi sobrina más querida y mis hijos y mi madre, que ha venido de su tumba a darnos una mano en la cocina, sonríen, se burlan, mientras el reloj anuncia que ha comenzado a entrar la noche. La noche de los ochenta años, quiero decir. Y entonces miras la mesa servida llena de ojos como platos, con los cubiertos filados junto a las servilletas recién almidonadas, y esperas que tu hija termine de darse su baño de rigor después de la soberbia ingesta de polvo y de desechos de materiales incalificables. Y alguien enciende el enorme velón sobre la torta que se te parece tanto a un cojín. Y tú soplas. Y sabes que la vida se ha ido de soplo en soplo quién sabe a dónde. Y entonces tu madre, ya de salida con su cachirula y su vieja cartera de broche fuera de moda, porque no se queda a cenar y debe estar temprano en su osario, dice antes de marcharse: “a propósito, como estás de parecido a tu papá”. Y suena el teléfono fijo. Ese horrible teléfono amarillo, de disco, del siglo pasado, que todavía conservas. Y es tu hija, que llama para anunciar que vendrá a visitarte con tu sobrina favorita y con tu hermana mayor y con la tropa rala de tus hijos. Y te pregunta: “¿y cómo se siente, pa, cumpliendo setenta años?”.



Olga Isabel Restrepo Baena

Mal que bien En este sucio pedazo de carne enferma que vosotros veis y despreciáis está el sustento de mi familia En esta barba canosa y larga que me confiere un aire de profeta maldito está la clave de mi subsistencia En este submundo andrajoso y pestilente donde mi palabra truena y se acata están los límites de mi reino secreto

Siendo así Y teniendo conciencia de ello Cómo diablos osáis pretender que renuncie a mi magnífica llaga tan cuidada que adquiere el vil aspecto de un ciudadano decente que invoque la detestable costumbre del aseo diario Y que asuma la servil actitud de acatar como un borrego vuestras tristes normas

Emilio Alberto Restrepo

Avenida Animalandia

por GEOVANNY CELIS RANGEL

Fotografía: Archivo Cromos

En el momento en que aquel escuadrón de Mirages pasó sobre la 26 con Séptima y sobre mi cabeza, estaba lejos de comprender que lo hacían en homenaje póstumo al señor que, además de haber construido Eldorado, la propia 26 y muchas otras calles, había –por la vía de facto, claro está– preparado el terreno para hacer de un señor nacido en España, con lengua de trapo y más feo que acosar sexualmente a la abuelita, el personaje más importante del primer medio siglo de la televisión colombiana.

El 17 de enero de 1975 era viernes pero parecía festivo, y este pueblerino quinceañero estaba en su primer viaje a la capital con el propósito formal de asistir a una cita con un optómetra y la agenda secreta de ir a *Animalandia*, el programa con más rating en las mañanas del domingo de toda la prolija –en la acepción de la RAE– vida de la televisión nacional. Era imposible que yo imaginara entonces que la generosa invitación de mi madre para aprovechar las vacaciones y la dormida gratuita en “Gorgona” –chapa con la que eran conocidas las residencias estudiantiles de la Universidad Nacional donde mi tío estudiante de derecho compartía habitación con un costeño de alguna ingeniería– tuviera el propósito real de que me practicasen una evaluación psicológica.

Las razones de aquella oculta intención, según lo expresado con desgano por el tío de marras ante mis airadas preguntas, eran, según le informé mi artera madre, mis malas juntas, el gusto por la música de Los Beatles y Jimi Hendrix, y los collares y melena que me acompañaban por primera vez, en esa especie de jipismo involuntario y pretencioso al mismo tiempo. De camino a la Javeriana, donde algún amigo de un pariente me haría aquella consulta gratis, me dispuse a preparar mis mejores misiles retóricos para la defensa de mi cordura y del derecho a ser esnob de provincia ante algún loquero capitalino, mientras el multitudinario cortejo fúnebre del fundador de la televisión colombiana continuaba solemne su camino hacia el Cementerio Central.

Al padre Llano ya le habían llegado las versiones mojigatas de mis flamantes hábitos juveniles. Por eso me sorprendió que al recibirme en una oficina inmensa, y luego de ponerme frente a su escritorio de intelectual acomodado y de preguntarme a quemarropa si consumía marihuana o si era homosexual, manifestara interés –y hasta respeto– por los gustos y costumbres de esa catterva de adolescentes y jóvenes con la que me gustaba relacionarme, y por sus diversidades inhalatorias y de género.

Tal vez por filósofo o por teólogo, no sé, mi entrevistador no se vino lanza en ristre contra mis extrañas amistades, y

después de las advertencias de rigor sobre los excesos, las premuras por la experimentación y sus peligros para la juventud, pasó a hacer una valoración positiva de lo diferente y una loa al fortalecimiento del criterio propio como instrumento para afrontar la vida; dicho lo anterior, me palmeó el hombro y me recomendó la Cinemateca Distrital y la Biblioteca Luis Ángel Arango, sitios obligados de aquel caballo de Troya en que había terminado por convertirse mi primer viaje a la que yo creía La Metrópoli. Tiempo después, en una columna de prensa muy mentada, mi “loquero” planteó una versión histórica creíble sobre la infancia de Jesús que volvía innecesario el mito de la virginidad de María. A él lo silenciaron sus jerarcas, pero yo, al leerlo, recordé aquella tarde soleada de viernes en la que el padre Alfonso me ahorró salir a la séptima sermonizado o con una macabra e inteligible nota dirigida a un psiquiatra, y me pareció un jesuita coherente.

Eran épocas del Fotogrey, precursor del Transitions, y ya con mi fórmula para la miopía en la mochila –además del fresquito de conciencia que da no estar condenado por curiosidad–, me animé a pedirle al tío que me llevara al patio del CAN, unas cuadras abajo de “Gorgona”, hacia El Dorado, por la propia

26. Era el día 19 y me emocionaba asistir al programa en vivo que siempre había presentado Pacheco. Cuando lo vi me pareció mucho más pequeño, casi humano, comparado con la imagen que yo disfrutaba en el Sharp 9” a blanco y negro que en casa habían comprado para ver, en la comodidad de un vetusto patio central tipo español, la visita de Pablo VI al país unos años atrás.

Ahora que he visto personalmente a Vicky Dávila o a Jorge Barón, debo reconocer que aquel señor con impecable cachaco oscuro, barba en candado y patillas como de billete de cinco pesos realmente era inmenso, aun durante las propagandas en vivo que, sobre un atril con cartones y en un primer plano de una de las monstruosas cámaras, anunciaban a toda la nación el monto acumulado del premio para que la lora pronunciara la emblemática frase: “¡A mí Gelada o nada!”; momento que él aprovechaba para releer, con el ceño fruncido y las gafas levantadas sobre sus cejas moras, un amasijo de notas que sostenía con sus velludas y rollizas manos. Tras el conteo regresivo unos señores con letreros y gestos estilizados nos pedían silencio, y ello le devolvía a los payasos Pernito, Tuerquita y Bebé una sonrisa congelada y una retahíla cacofónica que arrancaba a aquel valen-

ciano desplazado por la violencia de la Guerra Civil su ahora emblemática cargajada infantil.

Los demás detalles del viaje son predecibles. Visité la fachada del Palacio de San Carlos, la Casa del Floreño y otros sitios históricos, y caminé la gélida y maloliente Plaza de Bolívar entre fotógrafos de Polaroid al cuello y sobre un tapete de granos de maíz barato y guano grisáceo de paloma. Descubrí, descorazonado, que existe una suerte de provincialismo capitalino, morrongo y trapisonero, que blindo culturalmente a esa sabana verde botella contra la modernidad. Solo la actitud creíble de Pacheco, ya como entrevistador, ya como presentador de noticias o de programas de variedades, y su contundente historia privada, permanecen en mi memoria como símbolo del progresismo bogotano. Tal vez porque fue una dictadura copietas la que construyó, bordeando la estética nazi, la única vía futurista que ha tenido este país y puso allí la televisora nacional. Quizá porque Pacheco creció entre recuerdos y narraciones de hambrunas, y breves pero deliciosas viandas de guerra que lo templaron para querer a Colombia y lo volvieron proclive al sencillo buen vivir y a hacer buenos programas de televisión. O por el desatino de un grupo guerrillero que surgió tras las elecciones que el Frente Nacional, o sea la misma Bogotá provincialista y morronga, le robó al sátrapa ingeniero, no lo sé. Pero a la 26, esa del Cementerio Central, del Bogotazo, de la UN, del CAN, de El Dorado, del inacabable Transmilenio y del carrusel de la contratación de los nietos de Rojas Pinilla; a esa espina dorsal urbanística de la estupidez y el barbarismo nacional, el mismo que le permitió a un pariente de Noel Petro, ‘El Burro Mocho’, personaje ilustre de muchas veladas animadas por la figura bonachona de Pacheco, poner de presente que se puede ser al mismo tiempo bienintencionado, honesto y mal gobernante; a esa emblemática calle, digo, deberían bautizarla, en una suerte de homenaje socarrón a la ética jovialidad de Fernando González Pacheco, Avenida *Animalandia*. ☛



José Marulanda es un fotógrafo nuevo que murió hace cerca de setenta años. Aprendió a encuadrar y a ordenar sus modelos en el taller de Benjamín de la Calle. Fue su asistente, su amigo en la sombra y su heredero. Una caja de galletas guardó sus fotos anónimas hasta que un recolector con buen ojo y un fotógrafo gringo con instinto encontraron las primeras claves. Historia de un hallazgo.

El fotógrafo sacado de la basura

por TOM GRIGGS

Fotografías: José Marulanda. Cortesía de la Biblioteca Luis Ángel Arango, Banco de la República, Bogotá

Recientes “descubrimientos” de negativos y fotografías han atraído la atención sobre fotógrafos desconocidos en su propio tiempo. Y en todos los tiempos. El escritor Brad Zeller sacó diez mil imágenes olvidadas del fotógrafo Irwin Denison Norling del sótano de la Sociedad Histórica de Bloomington, Minnesota, en 2002. Zeller hizo el libro *Suburban World* con una selección de estas fotos, que en su conjunto forman un retrato de extrañas yuxtaposiciones y del lado oscuro de un suburbio norteamericano en desarrollo entre 1950 y 1960.

El caso más famoso de descubrimientos fotográficos es el de Vivian Maier, la niñera de Chicago que durante cuarenta años, en su tiempo libre, tomó más de cien mil fotos que apuntaban, casi todas, a la gente y los espacios urbanos de Chicago y Nueva York. La gran mayoría de sus fotos fueron compradas en 2007 en una subasta por el vendedor de bienes raíces, historiador y coleccionista John Maloof por 380 dólares. Desde entonces las fotos de Maier han sido exhibidas en Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Dinamarca, Noruega, Bélgica y Francia, y su historia ha inspirado dos documentales de largo metraje en el último año.

Medellín también cuenta con su descubrimiento de un fotógrafo olvidado: José Marulanda, un fotógrafo de retratos de estudio de mediados del siglo veinte. La forma en que Marulanda fue descubierto quizá convierte su historia en la más extraordinaria de todas.

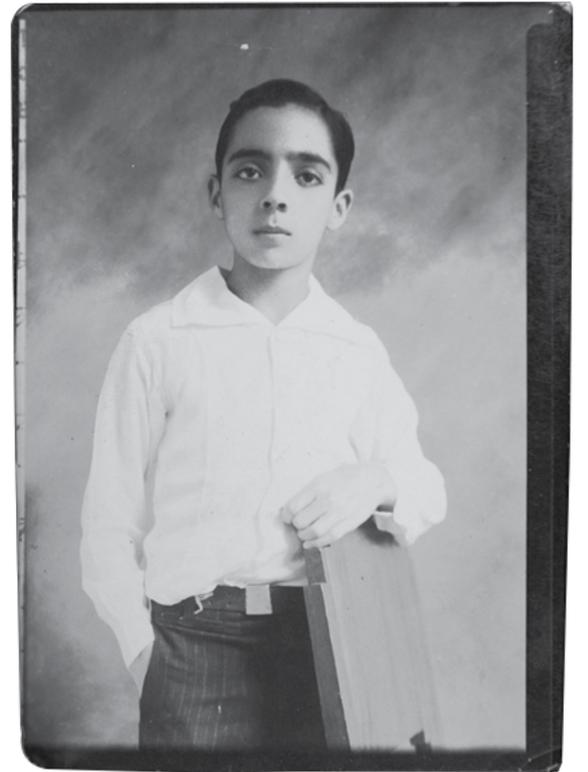
La insólita “novela” de las fotografías de Marulanda comienza con el artista y coleccionista de juguetes antiguos Rafael Castaño. Él y su familia son dueños de un taller en La Bayadera, en el Centro de Medellín. Allí Castaño tiene el Museo del Juguete, un proyecto a largo plazo para organizar y colocar en vitrinas el montón de carritos, armas plásticas,

barquitos, soldados, aviones, trenes, muñecas y juegos de mesa de todo el mundo que ha recogido durante los últimos veinticinco años. Muchos de estos objetos se han salvado por la conexión personal que Castaño tiene con la comunidad de recicladores y con los dueños de los centros de transferencia donde llevan lo que encuentran en sus recorridos por la ciudad. Los recicladores llegan donde Castaño con sus piezas callejeras, y Castaño va con frecuencia a los centros de transferencia en búsqueda de juguetes o lo que haya antiguo e interesante: libros, documentos, fotografías...

Hace unos quince años Castaño entró en uno de esos centros de transferencia –no recuerda exactamente cuál– y vio en el piso una vieja lata de galletas llena de fotografías. Las imágenes eran retratos de estudio, todas en blanco y negro y de 6x9 centímetros, o sea un poco más pequeñas que las cartas de un naipe. Castaño las compró, y ojeó fascinado esas ventanas a los rostros, los gestos y las vestimentas del pasado. Su hijo, también artista, usaba las imágenes cada rato para practicar dibujo. Durante más de una década, la lata con las fotografías viajó entre el taller de Castaño y su casa.

Sorprendentemente bien conservadas, teniendo en cuenta la forma en que fueron descubiertas, cada fotografía tenía estampado atrás el nombre del fotógrafo: José Marulanda. Además, casi todas las imágenes tenían el nombre del sujeto fotografiado y el mes y año de la toma escritos a lápiz. Todas fueron tomadas en los años cuarenta.

De vez en cuando Castaño mostraba algunas fotos a amigos y conocidos, con la esperanza de encontrar más información sobre Marulanda. Buscaba gente con el mismo apellido e intentaba concertar citas con ellos. Por muchos años su interés por descubrir algo más que el nombre estampado en las imágenes no dio frutos.

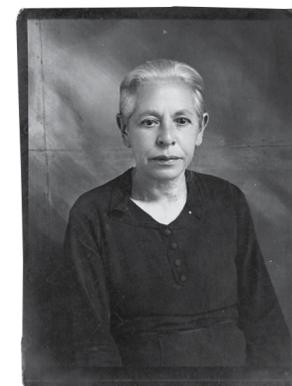
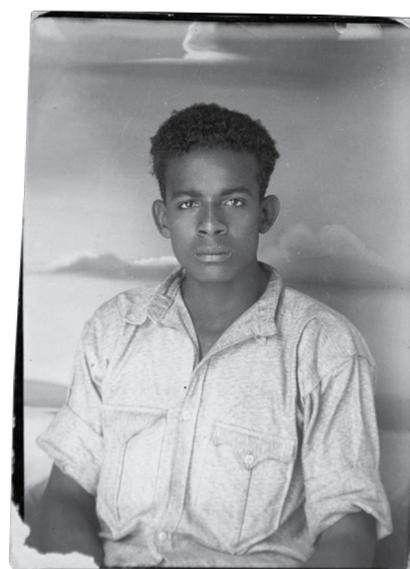
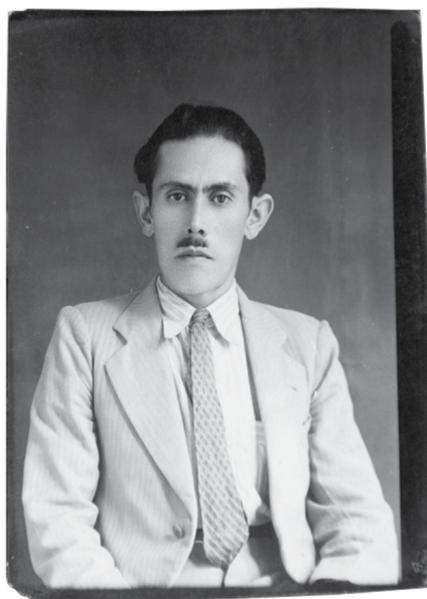
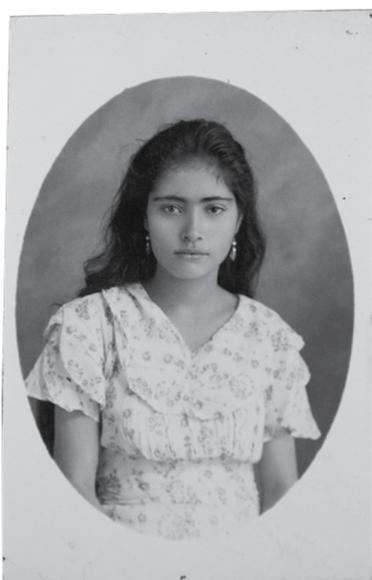
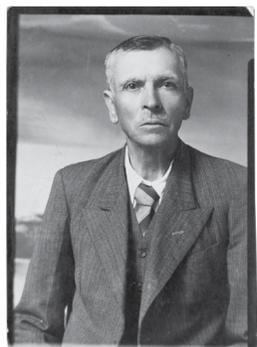


A comienzo de 2011 Castaño intentó de nuevo. Ahora, gracias a la información disponible en Internet, su búsqueda produjo un primer resultado: una breve referencia a Marulanda en un texto académico titulado *Testigo ocular: la fotografía en Antioquia, 1848-1950*, escrito por Santiago Londoño, un experto en el tema que vive en Medellín. Castaño consiguió el número telefónico de Londoño a través de un amigo común, y lo llamó para enseñarle algunas fotos de José Marulanda. Londoño quedó muy sorprendido.

En su investigación, Londoño estableció que a partir de 1925 Marulanda comenzó a trabajar como asistente de estudio de Benjamín de la Calle, uno de los fotógrafos más reconocidos en la historia de Antioquia. Los dos fotógrafos también vivieron juntos en Medellín y se cree que fueron amantes hasta 1934, año en que murió De la Calle. Marulanda, según Londoño, heredó todos los haberes fotográficos de su socio –o su jefe, o su amante–, incluso sus extraordinarios negativos de vidrio.

Aunque se conocía la relación de Marulanda con De la Calle, y su consecuente papel en la historia de la fotografía colombiana, su importancia como fotógrafo estaba aún por definirse, porque ni una sola imagen hecha por Marulanda era conocida por los expertos antes de la llamada de Castaño a Londoño.

Se reunieron para ver las fotos durante la presentación de un libro. Suficientemente impresionado, Santiago Londoño visitó el taller de Castaño para revisar todas las fotografías con Patricia Londoño, profesora jubilada de la Universidad de Antioquia y también experta en la fotografía en Antioquia. Las imágenes dentro de la



vieja lata de galletas rescatada de la basura dejaron a ambos emocionados. Ambos expertos confirmaron que Castaño tenía todas las imágenes realizadas por Marulanda de las que se tenía noticia, que no eran pocas: la lata contenía aproximadamente 1.250 fotografías, más de 1.100 de ellas con el sujeto y el año identificados.

Para Santiago Londoño resultaron sorprendentes el uso de la iluminación, la gama tonal y la nitidez de las imágenes, seguramente habilidades aprendidas con el maestro De la Calle. Además de sus cualidades estéticas, las fotografías de Marulanda tienen una gran importancia como documentación social.

Las imágenes incluyen a hombres, mujeres, niños, parejas, soldados, policías y un único sacerdote, sujetos que representan todas las edades y provienen de todo el espectro racial de Colombia. Con base en las vestimentas y los elementos de estudio que aparecen en las fotos, se puede concluir que los sujetos provienen casi exclusivamente de las clases medias y bajas del Medellín de la década del cuarenta. "Son trabajadores de todos los colores, de todas las mezclas raciales, gente del pueblo –dice Santiago Londoño–. Está

toda la tipología de los medellinenses comunes y corrientes. Y eso en los años cuarenta, de los que no hay suficiente documentación para decir: mira, así eran los antioqueños de esa época. Aunque detrás hay toda una estética, en mi opinión; hay un enfoque, hay un encuadre, hay una manera de posar... Al ubicarlas en la historia de la fotografía en Colombia puede que no sean muy transcendentales, pero en la fotografía antioqueña creo que son muy importantes".

Esta amplia gama de ciudadanos ordinarios ofrece un estudio de la cultura material y de las tendencias de su época y su estado social, y entrega un muestrario de los cortes de pelo populares, los aretes y los collares, los vestidos,

los estilos de bigotes y barbas, los trajes, las corbatas y los sombreros. Algunos llevan la ruana típica, hay trajes de raya diplomática, están los agentes de policía en corbata de moño.

Aunque proporcionan una rica historia de la cultura y el estilo local, las fotografías de Marulanda van más allá de los simples elementos externos. "Son gente de un origen humilde –dice Patricia Londoño–, pero todos retratados con un aire de dignidad, de valoración; como que les supo sacar una gran dignidad humana a todos los personajes retratados".

Marulanda fotografió a sus modelos frente a un número limitado de fondos y en un estrecho rango de poses. La repetición de las poses es una característica dominante de las fotografías. Las parejas siempre entrelazan los brazos. Los hombres en traje quedan cortados al cinturón. Los niños con frecuencia tie-

nen su mano izquierda puesta sobre el espaldar de una silla. Un buen número de mujeres tienen el gesto egipcio popularizado en los ochenta por la canción *Walk like an egyptian* de The Bangles –la mano plana con los dedos rígidos y doblada a noventa grados respecto al antebrazo–, pero en las fotos la mano apunta hacia ellas.

La gama de posturas es tan recurrente, que al encontrar una imagen que se aleja de ese rango –como el retrato de una mujer joven que mira a la derecha y da la mayor parte de su espalda a la cámara– el espectador experimenta un choque visual. La consistencia de la pose crea una especie de tipología. Al mirar docenas de imágenes con el mismo gesto y enmarcadas de forma idéntica, nuestra atención se centra en la única variable que cambia: los propios sujetos. Sin embargo, Marulanda varía los fondos y las poses lo suficiente para despertar un interés visual que hace pensar en el conjunto de las fotografías como una obra artística y no solo como una colección de imágenes para documentar, identificar y recordar.

La Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá, que supervisa la gran colección de imágenes históricas y de documentos del

Banco de la Republica, estimó que las imágenes en poder de Castaño eran lo suficientemente importantes como para comprarlas. Castaño solo guardó unas pocas fotos, como recuerdo de su experiencia con un ya lejano tarro de galletas.

La información para este artículo se encontró en la colección privada del artista medellinense Camilo Restrepo, con un segundo grupo más pequeño de 68 imágenes realizadas por Marulanda. Restrepo las compró en un anticuario del Centro de Medellín entre 1999 y 2000, y son similares a las que encontró Castaño, salvo por una única imagen de un bebé.

Hace unos meses Castaño encontró una imagen hecha por Marulanda en un centro de transferencia de reciclaje en Medellín. La foto es de aproximadamente el doble del tamaño de las otras fotografías de Marulanda, y tiene, además, una puesta en escena más elaborada que el resto de sus imágenes. Estos nuevos hallazgos sugieren que es posible recuperar algo más del trabajo y la vida de Marulanda en el Medellín de la década del cuarenta.

Todas las fotografías están estampadas en la parte posterior con el sello del estudio de Marulanda, que cambió durante los años de

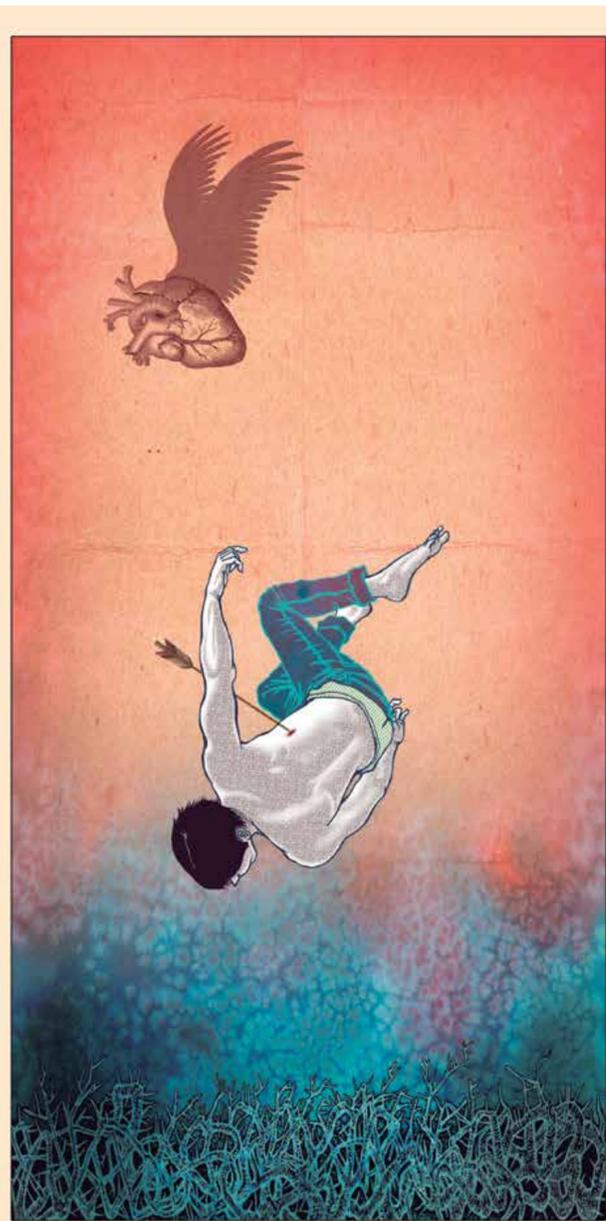
su carrera; mientras las primeras fotografías dicen "El Fotógrafo / JOSÉ MARULANDA / Retratos Perfectos", imágenes posteriores llevan un sello más sobrio: "José Marulanda".

Los retratos no son perfectos. Algunos tienen huellas dactilares parciales en la imagen revelada. En otros Marulanda perdió el enfoque. Sus últimos retratos de mujeres –todos del año 1949– incluyen intentos de colorearlos a mano que no resultaron nada convincentes. Y es fácil calificar los gestos repetidos como falta de inspiración. Pero, como dice Patricia Londoño, la fotografía de Marulanda "es valiosa por muchas razones: por la calidad del conjunto, por su conservación, por el testimonio de un tipo de gente de la que no tenemos muchas noticias en los archivos, por el lazo con Benjamín de la Calle...".

A todo eso es necesario añadir el respeto de Marulanda por sus sujetos, y la visión única que las fotografías nos dan de las caras, las modas y las convenciones del retrato fotográfico en una época en Medellín; esa ventana al pasado, que tanto fascinaba a Castaño cuando las ojeaba, hace que las mejores fotografías de Marulanda sean testimonio de uno de sus sellos: "Retratos Perfectos".

Y ENCUÉNTRAME ALLÍ DONDE TODO ES GRIS Y NO SE SUFRE

Para Carolina Mejía, nuestra Angelita Rodante



Hace ya quince años que murió nuestro amigo, pero apenas ahora me he librado de esa evocación colectiva del fantasma que Melisa, su hermana gemela, preside cada 7 de agosto para recordarnos que Camilo existió y que a despecho de su asesinato nosotros solo hemos pactado y sobrevivido.

Al ser la suya nuestra primera experiencia de muerte, mi joven amigo se convirtió por derecho propio en un muerto ilustre. ¿Quién, de todos los que fuimos, se iba a imaginar que un difunto sería el encargado de reunirnos después de los años? Me parece que fue ayer cuando estuvimos, con menos de dieciocho años y el dolor todavía tibio, conmemorando el primer año del asesinato de Camilo; a los doce meses volvimos con anécdotas resabidas, más tequila, discos de La Fania All Stars, un par de películas de Jerry Lewis y, claro, afiches y libros de Andrés Caicedo, el escritor suicida que fue su ídolo. De año en año estos encuentros inventados en su honor fueron degenerando en fiestas cada vez más desabridas; apareció una novia que nadie conocía, un par de amigos de la universidad, un primo lejano, y así fue como el 7 de agosto dejó de ser el aniversario de la muerte del amigo, o la fiesta patria, para convertirse en la esperada rumba en la casa de Melisa.

Pobre la gemela, ha vivido todo este tiempo sin su mitad adorada; haciendo de tripas corazón se volcó a toda desmesura, para terminar recogiendo, paciente, pedacito a pedacito. En esa casa nunca se le prohibió nada, como si sus padres hubieran disparado contra su hijo y tuvieran que expiar la culpa con ella; todo se le alcahueteaba, y por extensión a nosotros también. ¿O es que acaso *los inseparables*, los que se conocieron en el mismo arenero, no tenían derecho a expresar su dolor como mejor les pareciera? Y sí que tuvimos derecho. Creo que fue a partir de la tercera o cuarta fiesta que don Alberto y su esposa decidieron resguardarse en la finca y dejarnos a nuestras anchas; entonces, como una feliz coincidencia (¿o un sino trágico?), apareció uno de los invitados más conspicuos: el perico. Maestro de ceremonias incansable, nos enseñó a extender la noche más allá de la noche y trajo a las madrugadas unas imágenes punzantes, vivas hasta el dolor, de todos los Camilos... El que detestaba el fútbol y amaba los caballos, el que a los seis años casi mata a golpes a los niños que le escondieron el diente caído a su hermanita, el de las novias lindas, el cinéfilo, el lector apasionado, el alumno predilecto del poeta H., el asesinado.

Todos hablábamos al tiempo, las canciones se interrumpían apenas iniciaban, en menos de dos minutos pasábamos de *Loving Cup* de los Stones a *Te conozco bacalao* de Willie Colón, alguno paraba la música y en medio de las protestas improvisaba un acento y gagueaba emulando a Caicedo: "EL PUEBLO DE CALI RECHAZA / A los Graduados, los Hispanos / y demás cultores / del 'Sonido Paisa' hecho a la medida / de la burguesía, de su vulgaridad...", hasta que Melisa, conmovida por la alusión a la novela que más leyó su hermano,

corataba todo con su grito de guerra: "hijueputa, por qué se tuvo que meter con esa perra...". De esta manera, los que estaban en la fiesta por error, invitados por los invitados, advertían que por más música que se oyera y más trago y perico que sobrarian, los dueños de la fiesta no estábamos de fiesta, y que, como decía el mismo Camilo en tono caicediano, la rumba es cualquier cosa menos diversión.

Con los años mi recuerdo ha cambiado, o mejor, se ha sosegado en favor de ciertas instantáneas; puedo ver al poeta H. entrar por primera vez al salón de clase con esa sonrisa de... "bueno, ya que estamos", y a Camilo, en la penúltima fila, estirar el cuello para mirar los libros que cargaba el nuevo profesor. A la pregunta de si teníamos que entregarle los trabajos sobre *La Marquesa de Yolombó* con los que nos había amenazado medio año su predecesor, el poeta H. levantó los hombros y nos dijo, como si no fuera con él: "ustedes verán, pero en lo posible evitemos hablar de Carrasquilla, a mí me gustaría presentarles a un joven escritor caleño...". Eso bastó para sellar la compinchería entre mi amigo y el poeta. Vuelven tan frescos como en su presente lejano los sábados de *Cinema Azul* y de *El imaginario*, el suplemento literario que nos quedaba por estas tierras y que alguno leía en voz alta en la cafetería Santa Elena mientras los otros tomábamos tinto y comíamos moritos. También está esa noche de jueves en el Teatro Matacandelas: ya Camilo era el mayor conocedor de la vida y los milagros de Andrés Caicedo, se sabía al dedillo sus gustos literarios, cinematográficos y musicales, podía recitar largos párrafos de su obra, conocía los encuentros y desencuentros con sus amigos, hasta tenía un mapa de Cali subrayado con recorridos claves en la vida del autor y de sus personajes; pero a pesar de todo esto, fue ver a sus Angelitos empantanados personificados por los actores lo que desató de manera definitiva la obsesión y prefiguró el encuentro con Daisy, su Helena de Troya.

Con una pasión adolescente que rayaba en la idolatría, nuestro amigo, como un Quijote criollo, quiso sacar de las páginas del amado Caicedo los rasgos de su vida. Nada se le pasaba por alto. Un signo exterior visto en una fotografía o en un video delataba para él la presencia del genio, y en detrimento de su propia genialidad empezó a vivir una vida prestada, o por lo menos empantanada por la imagen y la palabra de otro. Ahora pienso que si Camilo hubiera vivido un año más, con lo inteligente que era, seguro habría matizado la literatura y la figura del autor de sus desvelos; pero eso ya hace parte de ociosas profecías, ahora solo tengo a un amigo irrespetuosamente joven embudo en sus discos de salsa, en los cuentos de Poe, en las películas de Bergman y, por supuesto, en su *Calicalabozo*.

Al graduarnos del bachillerato los gemelos heredaron el viejo Renault 9 familiar; y más se demoró Camilo en llegar pitando a mi casa como un poseso, que yo en saber que le habían puesto en bandeja su primera peregrinación a La Sultana del Valle, a su Cali literaria nunca

vista. Pero el viaje nunca se hizo, pues nuestro amigo, como creo haber leído en alguna página de su fantasma tutelar, "topó con la fatalidad".

Desde que devoró *Que viva la música* se dio a la tarea de memorizar el programa ético de la Siempreviva, y cuando se lo aprendió bien aprendido nos lo recitaba letra por letra, como si fuera un mantra salido de sus entrañas y no los conocidos mandamientos de un personaje literario. Cuando parecía más exaltado era cuando decía: "No accedas al arrepentimiento ni a la envidia ni al arribismo social. Es preferible bajar, desclasarse; alcanzar al término de una carrera que no conoció el esplendor, la anónima decadencia"; y de su cosecha, y a renglón seguido, enfatizaba: "ya oyeron, burguesitos".

En Medellín, a finales de los noventa, cuando la clase media se había curado del sarampión de la izquierda y ya no se arrimaba a reclutar obreros en los sindicatos, y la mafia, tan de moda unos años atrás, le causaba repulsión, el bueno de Camilo, que no quería ni salvar, ni salvarse, ni explotar a nadie, preconizaba que en el pueblo pueblo estaba la vida de verdad, lo genuino. ¿Pero cómo confraternizar con ellos? Lo más a la mano que tenía de su idea romántica del pueblo era doña Luz Dary, la empleada de la casa, que más que una empleada fue su segunda madre y, de lejos, una de las personas que más sufrió con su muerte.

Por una paradoja del destino, doña Luz Dary jugó un papel primordial en el desenlace de esta historia. Aunque nadie la culpó de nada, ella, católica hasta el tuétano, ha cargado todos estos años con la muerte del niño de sus ojos, a sabiendas de que su único pecado fue acolitarle un capricho y llevarlo a la fiesta de quince de una de sus sobrinas. La cosa fue así, o por lo menos así me la contó el propio Camilo en uno de esos días en que solo hablaba de la suerte de haber conocido a Daisy: un sábado en la tarde, la 'Luzda', como le decían los gemelos, se arreglaba más de la cuenta para salir un par de horas antes de la casa de sus patrones. Al verla maquillada y de tacones, los hermanos no perdieron la ocasión de molestarla por un supuesto amorio secreto. La señora, que ya rondaba los cincuenta y era viuda, después de un "Dios me libre" les contó para dónde iba; y Camilo, ni corto ni perezoso, se ofreció a llevarla a la fiesta con la condición de que lo invitara. Allí terminó tomando aguardiente y comiendo chicharrón, un poco decepcionado porque los jóvenes de lo que él llamaba "el pueblo pueblo" preferían el merengue y las baladas románticas a la música de La Fania. Sin embargo, se vio recompensado con la compañía de Daisy, una de las entrañables de la quinceañera. Según cuentas, no pararon de bailar y de conversar. "¿De

qué?", me devolvió la pregunta enojado cuando días después quise saber cuál era el encanto de su nueva conquista, y ahí mismo me contestó con toda la grandilocuencia: "de la vida... cosa que no conocen las muchachitas de La Enseñanza con las que perdía el tiempo". Me aguanté la risa para que no me colgara el teléfono, pero de esa noche no tenía mucho más que decirme, solo que se había enlanguado y la 'Luzda' había llamado a don Alberto para decirle que el niño se había tomado unos traguitos más de la cuenta y que era mejor que se quedara a dormir donde lo trasnocharon.

En los dos meses que duró su idilio, los mismos dos meses que le quedaban de vida, solo lo vi una vez. Fue el día de mi cumpleaños, en el que, además de reencontrarme con el amigo perdido en las mieses del amor, pude también conocer a su amada. Desde temprano me llamó para que fuéramos a reclamar el helado de Softtouch al que tenía derecho por ajustar un año más de vida. Nos encontramos en la heladería, yo llegué primero, me senté en una mesa de las de la terracita y al rato lo vi entrar de la mano de una morena alta enfundada en una minifalda azul. Nos abrazamos y después de los saludos y las felicitaciones pude reparar con calma en la muchacha. Recuerdo que tenía unos ojos de un claro raro, como color miel; era bella con una belleza propia. Casi no habló, pero se rió, con dientes grandes y parejos, de cualquier ocurrencia de Camilo. Se veían felices y eso me alegró. Pero el de ellos era un mundo cerrado, y aunque los dos intentamos que la conversación fluyera como correspondía a nuestra amistad de años, siempre tropezaba y caía en el silencio. Apenas terminamos con las copas de helado, ella le recordó que habían quedado de ir a la casa de unos amigos. Nos despedimos con la promesa de vernos pronto, pero ya no nos vimos más.

A Camilo lo mató un enamorado de Daisy de tres tiros en la cabeza. William, o Wilson, no recuerdo cómo se llamaba, aceptó su crimen y pagó la condena. Daisy, vaya usted a saber por qué, no apareció en el entierro. Ninguno de nosotros, que yo sepa, volvió a saber de ella, hasta hoy que he salido de la universidad de garaje donde recién empiezo a trabajar y me la he topado. Vende papas criollas en una chaza, al frente de un juzgado. Sus ojos conservan ese extraño color, ha perdido un colmillo y ha engordado mucho.

Con la intención de no quebrar el precario y triste equilibrio de nuestro presente, simplemente le he pagado el paquete de papas y ella me ha entregado la devuelta sin despegar los ojos del aceite hirviendo. 



Ahorro y crédito con solidaridad
para el bien vivir

por JORGE IVÁN AGUDELO

Ilustración: Tobías

Ni puta ni poeta pero me alquilo, zafo nudos de la garganta, traduzco silencios y escribo cartas de amor por encargo. Sin cursilerías, solo con la verdad. Esto es periodismo al servicio del amor.

Cartas a la carta

Todas las personas tienen problemas de amor. Si no los tienen ahora, los tuvieron. Y si no es con la pareja, es algo pendiente con un amigo, hermano, madre, padre, con cualquiera. Unos recurren al psicólogo, otros al sacerdote, muchos al brujo y la mayoría al silencio.

Muchas de esas cosas que no se hablan, se guardan y se transforman en distancia, rencor, impotencia. Yo me ofrezco para escuchar sin mirar el reloj y pongo mi escritura al servicio del corazón.

A diferencia del psicólogo, mis citas no duran una hora, me tomo el tiempo que requiera la historia. No pongo penitencias como las pondría el padre, quizás ofrezco un consejo sin compromiso. Y no le devuelvo a su ser querido a los tres días, como lo prometen los brujos. Yo no leo las cartas pero al menos se las escribo.

Entonces, ¿por qué no contarle su historia al periodista? El periodismo siempre se ha encargado de lo público, de lo masivo. Mi propuesta es trasladar todas las herramientas para recolectar información, las técnicas narrativas y los métodos de aproximación a la realidad al ámbito privado para crear mensajes personalizados.

Mis amigas siempre me buscaban cuando tenían problemas con sus novios. Empecé a escribirles a personas ajenas y noté que los resultados eran mágicos. A partir de ahí, y luego de mi encuentro con la academia, surgió la idea.

Gracias al periodismo y a mis primeros acercamientos con la realidad descubrí que lograba generar una relación de confianza con extraños en muy corto tiempo. Resultó que los desconocidos también querían contarme sus problemas de amor.

Me di cuenta de que así como hay imitadores de voces, yo podía ser imitadora de letras, y a partir de un proceso investigativo soy capaz de escribir exactamente como lo haría otra persona. Después de varias horas de entrevista, me aíso, proceso la información, la transcribo, redacto la carta y, una vez escrita, con un concepto definido (tono, ritmo, formato), vuelvo a encontrarme con la persona, la leemos en compañía y la editamos juntos.

Cuando el contenido es aprobado en su totalidad, la carta es transcrita con el puño y letra del remitente y, por último, luego de unas recomendaciones, enviada al destinatario.

El rumor de mis servicios se fue regando y me empezaron a buscar los hombres, y luego personas extrañas que tenían problemas de amor y necesitaban una mano que escribiera todo lo que no sabían cómo decir.

El amor no era la única ocasión. También necesitaban palabras para pedir perdón, decir adiós, buscar una negociación, dar las gracias, felicitar por un aniversario, iniciar una reconquista, propiciar un reencuentro, volver. En fin, son cartas a la carta. La vida propone la situación, alguien me cuenta su historia y yo pongo las palabras para enviar la carta de amor.

El primer caso

El primer donante de historia me contactó luego de leer un anuncio que publiqué en la web: “Si sabe qué decir pero no encuentra las palabras, cuénteme su historia y yo le digo cómo. Escribo cartas de amor por encargo. Cartas a la Carta”.

El último jueves de ese mes, un hombre joven, de menos de treinta años, me escribió.

–Mujer, ¿a cómo la carta?

–Por ahora es gratis, la condición es que usted me done su historia de amor.

–¿Y también se puede si la historia es triste? –me preguntó.

–Mejor –le respondí–, quizás trátelos de encontrar una solución.

Nos citamos a las 3:00 p.m. del sábado de esa misma semana. Yo llegué a las 3:03 p.m. y él ya estaba esperándome en la puerta del café convenido. Lo noté triste y pausado desde el principio. Me confesó que, más allá de la carta, lo que más necesitaba era hablar con alguien.

–Esto no lo he sacado de mí, no lo he hablado con nadie –me dice–. Mi mamá se dio cuenta y me dijo: “qué se va a hacer, mijo”. Cuando le conté a los amigos, el consejo fue: “perra hijueputa, consígase otra”. El psicólogo me mandaría fluoxetine. ¿Y un padre? Jm, qué pereza, si un sacerdote nunca ha vivido esto, conoce el amor de Dios pero nunca ha vivido un desengaño.

Le conté del proyecto Cartas a la Carta, los antecedentes, las condiciones y la implicación de convertirse en donante. Aceptó. Y comencé con la primera pregunta que siempre hago.

–¿Cuál es la intención de esta carta? ¿Qué quieres lograr con ella?

–No sé –dijo mientras alzaba las cejas–, quizás decir muchas cosas que no se dijeron. No sé... Pero si quieres te cuento la historia para que comprendas qué pasó.

Hace casi dos meses, un domingo en la tarde, él la sintió rara, fría, diferente.

–¿Por qué estás como apagada, como si no quisieras estar? –le preguntó.

De repente, ella lo reconoció. Sí, estaba seria; sí, traía algo consigo. Y empezó a lanzar frases: “me siento saturada”, “no estoy entregando lo mejor de mí para ti”, “necesito realizarme profesionalmente”, “yo no te doy lo que te mereces”.

En ese momento él sintió como una quebrazón por dentro. Cada una de esas palabras lo estrujaba, lo tomaba por sorpresa. Él creyó que estaban bien, que aún era correspondido, que compartían los mismos sueños. No sabía cuándo ni cómo, pero la relación que tres años atrás habían empezado a construir ahora no tenía piso de roca sino de fango.

–¿Cómo sabes qué es lo que me merezco? ¿Acaso hay niveles para medir qué tanto nos merecemos? –replicó él– Yo estoy bien contigo, con lo que tú me das.

Ella insistió: “quiero un tiempo para mí”.

–¿Necesitas tiempo? Tiempo para qué, si siempre te lo he dado. ¿Quieres realizarte? ¿Pero no es mejor hacerlo acompañada? –continuó él tratando de

comprenderla– ¿Acaso soy un obstáculo o un estorbo para que lo logres? ¿Quieres estar libre? Libre de qué, si nunca te he atado...

Llegó el silencio, luego el llanto. Ella lloró, no tenía respuestas para él.

–Acepto...–le dijo él antes de decirle adiós– No puedo luchar contra la corriente.

“¿Qué pasó? ¿En qué momento se acabó? ¿Qué hice mal? ¿Qué dejé de hacer? ¿Por qué tan repentino?”, se ha preguntado desde entonces y sigue sin respuestas.

Cuando llegó a su casa tomó el calendario y apuntó la fecha final. Faltaban tres días para cumplir un aniversario más.

–¿Por qué anotaste la fecha? –le preguntó.

–No sé, tal vez porque fue algo que partió mi vida en dos.

–¿Cómo se conocieron?

–Ah, esa historia es más bacana que esta –me dijo mientras sonreía con un halo de nostalgia.

Todo empezó por Internet. Después de muchos días de mensajitos, juegos y chats, él le hizo la propuesta: “conozcámonos en la vida real”. Después de dos años de amistad, cuando ambos coincidieron en la libertad, se hicieron novios.

–Fueron tres años de una relación perfecta. Sin peleas, sin reproches. Ella era hermosa, humana, tierna, cariñosa, inocente, detallista. Era la mujer de mis sueños.

–¿En qué momento comenzaron a cambiar las cosas?

–Creo que hace seis meses. Ella cambió de trabajo, empezó a hacer una especialización. Salía de la oficina para la universidad y llegaba tarde en la noche. Terminaba la semana cansada. Los viernes ya no quería hacer nada. Los sábados prefería quedarse en la casa viendo una película y los domingos a veces ni nos veíamos. Yo nunca le reclamé que no tuviera tiempo para mí. Tampoco le exigí nada porque a mí me convenía que estudiara, que trabajara,

por CAROLINA CALLE

Ilustración: Mónica Betancourt

porque ella también era mi futuro. Yo quería una mujer inteligente a mi lado para aprender todos los días de ella. De pronto la relación se enfrió porque fui más comprensivo de lo normal, no sé... Creo que fui muy complaciente. Quizás mi error fue tratar de entender las cosas, no pedirle tiempo, no presionarla. Para mí la situación era fácil de entender, pero ahora es tan difícil comprenderla a ella: ¿por qué la decisión fue tan radical? Esta es mi versión pero no sé cuál es la realidad. No sé la verdad. Tengo demasiadas preguntas. ¿Qué significa la libertad? ¿Ser libre es estar solo? ¿Si ella quiere cumplir sus sueños, por qué hacerlo sola? ¿Por qué dejar todo tirado? No entiendo...

Después de sus interrogantes solo hubo silencio en la mitad del patio de ese café solitario donde hablábamos. Yo tampoco tenía las respuestas y continué mi pesquiza.

–¿Qué ha pasado desde el día en que terminaron?

–Nada. Cada día la noto más lejos. En este momento no me nace hablarle, no me salen las palabras. Quiero evitar cualquier conversación. Hace poco cambié mi estado del Facebook. Pasé de estar “En una relación” a estar “Soltero”. Ella me escribió: “me dolió que cambiaras tu estado...”, y yo le respondí: “a mí me duele más la vida real”.

–¿Por qué crees que no te nace hablarle?

–La desconozco, no es la misma mujer que conocía. Es como si la estuviera conociendo otra vez, o no, ni siquiera, es como si estuviera conociendo a otra persona.

–¿Por qué?

–Pues tanto tiempo juntos y ¿terminar así? Estoy como muerto por dentro. Es como si lo que sentía se hubiera vaciado, como una copa de vino que se cae y es imposible devolverle el líquido, aunque lo intente no habrá nunca la misma cantidad.

Aquí comenzó a trastabillarle la voz. La mirada se desenfocó y continuó cuestionándose.

–¿Qué fue lo que hice tan malo? No sé, no sé... ¿Qué carga fui? Me duelen más sus palabras que sus silencios.

–¿Quisieras volver?

–Es lo que más anhelo... Pero ¿para qué luchar por algo que otro no quiere? Prefiero no buscarla más.

–Por ahora no podrías ser su amigo... ¿cierto?

–Después de tres años de compañía, ¿cómo pasar de decirle “mi vida”, “mi amor”, a llamarla por su nombre? ¿Cómo pasar del amor a la amistad? Eso es devolverse... ¿no?

–Es un cambio brusco...

–Yo pensé en enviarle la letra de una canción, no sé ni cómo llegué a ella. ¿Te la muestro?

–Sí, por favor...

Tomó su celular y comenzó a buscarla. Dice así:

“Culpable por haber aprendido a querer / Por haber escuchado tu voz / Y culpable de haberte tenido / Y de darte calor / Culpable por haber esperado tu amor / Por haber aprendido a entender / Y culpable de haberte perdido otra vez”.

–Estuve a punto de mandársela pero no, no fui capaz.

–¿Por qué?

–No sé. Yo creo que en esta historia no hay buenos ni malos. Y yo no hice nada malo. No sé si uno se tiene que guardar un poquito. Pero... ¿por qué no entregar lo mejor de sí? Si uno no lo hace, no está siendo uno mismo. Y yo siempre fui leal, real. No puedo dejar de ser quién soy. No dejé de amarla ni un instante de mi vida.

La voz se le quebró en un segundo, miró hacia arriba y contuvo un sollozo. No sé si él cayó en cuenta, pero justo en ese momento una canción de fondo coincidió con su voz.

“I give her all my love / that’s all I do”...

Era una canción de Los Beatles que en inglés decía lo mismo que él me había dicho en español.

“And I love her”

En las notas que tomé en mi cuaderno durante la entrevista quedé escrita esta frase para no olvidar la bonita coincidencia.

–Simplemente me dediqué a amarla y punto. Pero ella tampoco es culpable en esta historia. Ella es luz, es amor. Me dio felicidad. Antes para mí el amor era pasajero, con ella conocí el amor de verdad, el duradero. No pensé encontrarlo todo en una sola persona. Con ella crecí laboralmente, espiritualmente, ahora siento que soy mejor persona.

–¿Qué extrañas de ella?

–Todo –responde sin titubeos–. Hay un poema de este man, Benedetti, que me daría la respuesta. Lo que más extraño es el amor. Y el amor estaba en

cada parte, en el abrazo, en todo. “Ella me daba la mano y eso era amor”.

Luego me mostró un par de fotos de ambos. Una, envueltos en un abrazo. Otra de perfil, durante un beso. También guardaba una nota que ella le escribió a mano: “Tu amor sencillo me llena de absoluta felicidad”.

–Creo que esto es simple: se acabó el amor, se perdió la conexión. Me toca sacármela del corazón y no seguir haciéndome preguntas. Es como si se hubiera muerto, así de repente, de un infarto o en un accidente. Sin avisos ni despedidas. Para qué seguirme preguntando, la respuesta no va a existir. Simplemente tenía que pasar.

Arrugó la frente, alzó los hombros y respiró profundamente. Luego apoyó su mejilla en el puño de su mano.

–¿Sabes?, acabo de encontrar la respuesta a la primera pregunta.

–¿Ya sabes para qué quieres la carta? –No quiero una carta para rogarle amor. Tampoco una de reproches, súplicas ni lástima. Necesito una carta de despedida, para soltar la carga que traigo, para liberar la esperanza que hay dentro de mí, para dejarla ir.

Le temblaron los labios cuando lo dijo. Ahora fue a mí a quien se le salió un suspiro. Tuve que hacer un esfuerzo para contenerme.

–¿Quieres que en la carta quede claro que las puertas aún siguen abiertas, o quieres que el mensaje sea claramente de despedida? Si la enfoco como un adiós, puede que ella diga: “chao, este es el punto final”.

Después de varios segundos me dio su respuesta.

–Prefiero liberarme aunque corra el riesgo de perderla.

Sentí escalofríos mientras oía sus palabras. Se notaba el desgarrar en su voz, de verdad sentí que este hombre me hablaba con el corazón. Sabía que le costaba decirlo, que solo con pronunciar esas palabras ya estaba haciendo un sacrificio.

–Quiero darle las gracias por estos tres años de luz –continuó él–, me parece importante que en la carta diga que para mí ella siempre fue amor y así la voy a recordar. Yo quiero decirle que acepto su decisión porque la amo, que no me importa porque hay un fin y ese fin la hará feliz. Y me hace feliz saber que ella es feliz aunque sea sin mí.



Carta para un adiós

No te puedo negar que hasta hace muy poco seguían las preguntas dando rondas en mi cabeza. Que me acostaba con una y me despertaba con otra. Tenía tantas preguntas, quizás una diferente para cada día de la semana.

“¿Qué pasó? ¿En qué momento se acabó? ¿Qué hice? ¿Qué dejé de hacer? ¿Por qué tan de repente? ¿Qué carga fui? ¿Qué había mal para sacarme de tu vida?”.

Pasaron los días... y pasó tu silencio de largo. Y no te puedo decir que ya tengo LA respuesta. Pero es UNA respuesta. O al menos es lo que necesito creerme para dejarte salir de mi vida.

Porque para retomar la mía, creo que te tengo que soltar del todo. Y aunque lo hice desde que me lo pediste, seguí pensando, recordándote, anhelándote, amándote y esperándote. De cierta forma te quedaste conmigo.

Es difícil dejarte ir después de ser lo primero y lo último de mi día. Después de ser el “durante” porque en mi vida no dejé de amarte ni un instante.

Todavía no sé cómo pasar de decirte ‘mi vida’ a llamarte por tu nombre. ¿Cómo pasar del amor a la amistad?, no sé cómo describirlo... Para mí es una respuesta ajena, tal vez tan lejana como tú ahora. Y no es un reclamo, solo que es nuevo para mí eso de ser tu amigo y no creo ser capaz de serlo, al menos no por ahora, de pronto en un buen tiempo. No sé.

Pero sí, creo que es lo normal, la distancia es necesaria en este proceso de decirnos adiós. Me dejaste un vacío... Tampoco lo voy a negar, para qué salirte con cuentos o con un falso orgullo, para qué decirte que estoy bien o que todo es normal. No. No puedo dejar de ser yo... Si algo me enseñaste tú, fue a ser yo mismo, nunca tuve que ser diferente ni jugar con apariencias. Y tu amor me enseñó a ser real.

Eres amor y esa será la bandera de esta historia que ya pasó. Así hablaré de ti a cualquiera que me pregunte. Y diré que eres luz, que fuiste felicidad para mí. Que eras mi complemento y que contigo conocí el amor verdadero. Y que si crecí, que si fui mejor persona durante el tiempo que te amé, fue porque a mi lado había una gran mujer.

Y si alguien me preguntara que qué extraño, diría que todo. Respondería con un poema de un poeta uruguayo, de Benedetti, que en pocas palabras dice que el amor estaba en cada parte de ella, en el abrazo, en todo. Y sí, así pasaba contigo, tú me dabas la mano y eso era amor. Así de simple pero así de potente fue lo que me diste. Y así de fuerte y de nítido también será tu recuerdo.

Por eso quiero darte las gracias. Porque fuiste todo lo que esperé del amor en una sola persona y me mostraste el referente más alto de dicha que hasta entonces sentí. Y no lo conocí solo, lo descubrí contigo.

Ahora cuando reaparecen las preguntas y de nuevo los “¿por qué?”, ya les respondo: “porque sí, porque así tenía que pasar, porque era el momento, porque así serás feliz”. Y no necesito saber más. Me basta eso, solo quiero saber que así estarás bien, para yo sentirme bien.

Aunque ahora no sea tan claro para mí, yo sé que con el tiempo comprenderé este momento de nuestras vidas y sabré que valió la pena terminar lo nuestro.

Quiero decirte gracias, mi corazón queda llenito de gratitud, te lo reitero, gracias por tanto amor, por tanta luz. Acepto tu partida porque te amo. Ya no espero tu regreso y te libero de mí, de mis sueños, de mi esperanza. Ya no me importa que tu decisión no me incluya en tu futuro porque sé que hay un propósito y ese fin te hará feliz. Y a mí me hará feliz saber que eres feliz aunque sea sin mí. ☺

Demasiada gente demasiado rápido

por BENJAMIN BALL

Fotografías por el autor

“De pronto algo acerca de los canguros”, me dice el editor. Le digo entonces que los canguros son sabrosos. Hay más canguros ahora que cuando los ingleses invadieron el país en 1788, y cada año se cazan miles de ellos de un tiro en la cabeza. La carne es sabrosa y tierna. También sabe muy bueno en empanadas. Pero hay más de Australia que sus extraños marsupiales; sus incendios e inundaciones, por ejemplo. Allí también hay conflictos feos y poco entendidos. Vivimos una guerra cultural. Solo en Sídney se hablan casi 200 idiomas, pero la guerra no es entre etnias sino entre ideas de cómo se debe entender el país de acuerdo a su pasado y sus posibles futuros: ¿Debemos reconocer el genocidio contra los aborígenes que se vivió por casi 200 años, por ejemplo? (Hasta el año 1967 los indígenas del país tuvieron los mismos derechos que los koalas y los eucaliptos, porque según la ley se reconocían no como personas sino como “fauna nativa”). ¿Es importante reconocer y combatir el cambio climático y darle más importancia a la riqueza solar que tiene el país, puesto que está en el continente más seco del planeta? ¿O debemos seguir explotando y exportando el carbón, dado que es el país que más carbón tiene? Estas son algunas de las líneas de batalla de esta guerra cultural, y, aunque vi más de un canguro mientras escribía

esta crónica, es esto lo que quiero compartir de mi bello país.

Al amanecer y al crepúsculo, la luz del sol en el Outback —la vasta área del interior desértico de Australia— crea gigantes. La sombra de mis dedos estirados es más larga que mis brazos; la sombra alargada de mi cabeza llega más allá de la distancia a la que puedo lanzar una roca.

En una cafetería en la calle principal de Cobar, me siento a tomar un café temprano con un amigo persa, Vedad, y mi papá, Rick. La casa de mi papá está 550 kilómetros más abajo por la misma calle, en Broken Hill. Él describe el arcoíris horizontal que algunas veces abraza el horizonte del Outback al atardecer, que según Badger Bates, un amigo y artista aborigen, es la serpiente de arcoíris —*Rainbow Serpent*— que creó la Tierra y ahora la acuna.

Nuestras sombras larguiruchas me recuerdan a Timara, los espíritus fantásticos aborígenes que eran los héroes de mi libro favorito cuando era niño, y me pregunto si toda creencia religiosa está basada en alguna cosa material, y si la sombra es material en absoluto o simplemente una ausencia.

Vedad dice que el aire seco y la luz difusa le recuerdan a Shiraz, donde nació. Estamos los dos perdidos en memorias cuando llega Vera preguntando direcciones entre respiros profundos, son sus pulmones asmáticos jadeando bajo

la camiseta rosada y el peso de unos senos enormes. La invitamos a sentarse y descansar, y Vera acepta. Nos presentamos y ella pide un capuchino. Vera tiene 71 años y vive en Liverpool, al sur de Sídney, pero creció en una *sheep station* (propiedad muy grande, por lo general de miles de kilómetros cuadrados, característica de Australia y Nueva Zelanda, dedicada a la crianza y manutención de ovejas para la producción de lana y carne) cerca de Parkes, en el campo de Nueva Gales del Sur, y todavía tiene la forma de ser franca y abierta de una muchacha de campo que se ha mudado a la ciudad.

“¿Irán?”, dice ella mirando a Vedad y asintiendo como si respondiera su propia pregunta. “Pues, mire, no quiero ofender, pero no funciona. El multiculturalismo. Yo vivo en medio de él, y no funciona. Demasiada gente, demasiado rápido. Nadie entiende a nadie. No funciona.”

La noche anterior habíamos cenado comida china en un club de bolos, donde compartimos el restaurante con un encuentro de familias de Zimbabue, Tanzania y Sudáfrica. El condado de Cobar tiene más o menos el tamaño de Tasmania, o de Chocó, y es el hogar de cinco mil personas, la mayoría de las cuales trabajan en —o alrededor de— las minas de cobre, zinc, plomo y plata que, junto con un poco de pastoreo, proveen el sustento del pueblo. Le contamos a Vera que estábamos sorprendidos y

deleitados con el multiculturalismo de Cobar, y le preguntamos si no era algo bueno estar viviendo en una encrucijada continental.

“No —respondió Vera sacudiendo la cabeza—, no es algo bueno”, y explicó: son los árabes los que más la preocupan. Su abuelo era irlandés, y si había tensión en Irlanda porque no todos iban a la misma iglesia, razonaba ella, con razón las cosas empezaron a ir mal en Liverpool, donde no todos comparten el mismo dios.

Demasiada gente, demasiado rápido, y no hay iglesia común, no hay un lugar donde la gente comulgue semanalmente, no hay un techo lo suficientemente amplio para cubrir una multitud tan grande, tan diversa. Así fue como entendí la queja de Vera. Una rueda con más de un buje no va a ninguna parte.

Tiene poco que ver con Dios. Vera está contenta de creer con tal de que no involucre adorarlo innecesariamente. “Yo creo en Dios, solo que no veo la necesidad de decirselo cada semana”. Además, dice sentirse cómoda en su propio patio. Al haber crecido en una *sheep station*, la noción de patio de Vera es bastante grande. “Ellos deben hablar nuestro idioma, y deben adaptarse a nuestra forma de vida. ¿No fue por eso que vinieron en primer lugar, porque Australia es mejor y más segura que cualquier otro sitio del que hayan venido?”.

En 2010 el arzobispo de Sídney, el Dr. Peter Jensen, dedicó su sermón de Semana Santa a la “epidemia de la soledad” en la ciudad. Al menos una de cada cuatro personas en Sídney no tiene a alguien cercano en quien confiar, dijo, y le aconsejó a la gente recurrir a Jesús para restaurar sus relaciones y remediar un problema que es tanto social como espiritual.

Para Jensen la soledad es un síntoma del laicismo. Otros apuntan al materialismo, al individualismo liberal o a la religión para entender un mismo fenómeno. Pero para aquellos de nosotros que nos alineamos con Richard Dawkins en su agarrón constante con Dios, tanto el malestar de Vera con el multiculturalismo como el mensaje de Semana Santa de Jensen señalan una paradoja que necesita consideración: ¿Cuál es la iglesia laica? ¿Es posible para la sociedad deshacerse de la función de alabanza de una iglesia y mantener su sentido de comunión?

(Comunión (sustantivo): Afinidad, camaradería, hermandad, amistad, sentido de compañerismo, unidad, cercanía, armonía, entendimiento, conexión, comunicación, empatía, acuerdo, unidad).

Las ciudades nos permiten vivir cerca de los “otros” religiosos, culturales y lingüísticos. Sin embargo, ya que todos —a excepción de un puñado de la población de Sídney— somos, por definición, desconocidos de una variedad u otra, no tenemos la expectativa de comulgar con aquellos que no conocemos. Celebramos la diversidad mientras nos auto-homogenizamos. Sabemos tanto sobre los vietnamitas de Cabramatta —un barrio de Sídney poblado en su mayoría por personas de ascendencia vietnamita— como sobre los vietnamitas de Vietnam, y casi todo nos es transmitido a través de la prensa. Individuos que viven, piensan, huelen y cantan son reemplazados por representaciones simbólicas de las personas, estereotipos que pueden ser engañosos, corrosivos y peligrosos. “Demasiada gente, demasiado rápido. Y nadie entiende a nadie”...

Las ciudades todavía son el centro neurálgico de la innovación y el cambio, pero su potencial disminuye si la diferencia se mantiene dividida en compartimientos, como clavos de distintos tamaños en una caja de herramientas. Después de todo, el crecimiento, la construcción y el cambio surgen del encuentro con lo desconocido.

No compartí esas ideas con Vera. No tuve tiempo. Ella había encontrado una mesa de escuchas atentos y dejó alegremente que su capuchino se enfriara. Como muchos australianos de su generación, comparaba los inmigrantes de décadas recientes con los del sur de la Europa de su juventud, los italianos y los griegos, a quienes Vera describía como “más como nosotros”. Podríamos decir, más bien, que nosotros somos más como ellos, pues casi todo lo que reconocemos como cultura anglo-australiana tiene sus raíces históricas en Roma y Atenas. En las clases de historia antigua en mi colegio, en los noventa, no mencionaron a Asia o América; solamente le dimos un vistazo al continente africano en su esquina egipcia, y Australia antes de la Primera Flota se limitaba a Estudios Aborígenes, otra materia. Nuestra historia antigua era europea.

Pero incluso si un muchacho pálido de un pueblito australiano concediera que los inmigrantes del periodo de la posguerra eran “más como nosotros”, eso sería eludir cualquier consideración sobre cómo hemos cambiado *nosotros*

en ese tiempo. Hace poco visité un barrio en las afueras de Adelaida. Hasta hace una década la casa de mis amigos estuvo rodeada por familias italianas que vivían en lotes de medio acre. Sus casas estaban ubicadas en una esquina, con el resto de la tierra dedicada a una huerta. Los hijos de esa primera generación de inmigrantes italianos han subdividido para construir casas donde antes estaban las huertas, y han vendido las propiedades con una buena ganancia. Las familias son más ricas, pero ya no tienen dónde cultivar tomates o higos. Las cosas cambian. Así como nosotros. Los teléfonos celulares, el Internet, los iPods, los carros asequibles, los centros comerciales, los supermercados y la expansión urbana nos han cambiado. La televisión era el gran mal social cuando yo era niño, porque reemplazó las conversaciones familiares a la hora de la cena por *Beverly Hills 90210*. Ahora la mayoría de cuartos tienen una televisión, ver programas juntos es considerado una actividad familiar, y los sociólogos están más preocupados con lo que Google le está haciendo a nues-

tros cerebros. El “nosotros” en la ecuación ha cambiado.

Los australianos que recibimos nuevos inmigrantes en Sídney hoy —con los brazos abiertos o con rencor— no somos las mismas personas que recibieron a los inmigrantes durante la posguerra. Si el arzobispo Jensen está en lo correcto, los inmigrantes llegan a una ciudad donde una de cada cuatro personas se siente sola, donde las conversaciones espontáneas en los buses son una aberración, y donde sus vecinos los conocerán por su carro y no por su nombre. Comparar la Sídney contemporánea con la de los años cincuenta es como ir en Medellín de El Poblado a La Sierra: no sales de Medellín, pero no es la misma ciudad.

Por supuesto, tuvimos que salir de Sídney para conocer a Vera. En los espacios vastos y abiertos de Cobar las personas cuentan con los otros para algo más que para el cordial anonimato entre vecinos; nos buscamos los unos a los otros por la compañía.

“Si yo fuera un inmigrante —digo, creo que Cobar sería un buen lugar donde aterrizar”.



Federico Uribe
Leda y el cisne
Libros
69" x 76"
2010.



Nuestro corresponsal en Brasil viajó seis meses antes para acostumbrarse al Braçuca. Y a la cachaza. Se reparte entre limpiar la piscina y podar el jardín de su rancho ardiente. La primera de nuestras ceremonias mundialistas está dedicada, con toda reverencia, al sincretismo entre dioses cristianos y africanos. Todo sea por una mala racha para Costa de Marfil.

La reina de los mares

por DAVID E. GUZMÁN

Fotografías por el autor



Cientos de barquitos azules flotaron en el mar de Cidreira durante la noche del sábado primero de febrero y la madrugada del domingo.

En su interior viajaban tarros de perfume, peñillitas, espejos, labiales y dosis de champú. Iemanjá es vanidosa y golosa. Cocadas, merengues, trozos de sandía y empanadas de alga también hacían parte de las improvisadas tripulaciones. La noche era fresca y las pocas gotas de lluvia que caían sobre la playa parecían evaporarse con los juegos pirotécnicos.

Si los negros africanos hubieran llegado a Brasil por cuenta propia y no para trabajar como esclavos, Iemanjá sería aún más voluptuosa, de caderas amplias y tetas grandes, de piel morena y labios gruesos. Pero esta diosa tiene aspecto de virgen. Una virgen sin aureola, sin niño, sin tanto atuendo protector de la moral y las buenas costumbres. Solo lleva un largo vestido azul, prolongación del mar, con un escote sin complejos tan ceñido al cuerpo que resalta sus piernas y su cintura estrecha.

Iemanjá es resultado del sincretismo de Brasil. Si bien los esclavos africanos ponían en sus altares las divinidades de sus amos católicos y hacían la mímica de rezarles, en sus almas, el lugar al que los negreros no podían acceder, seguían adorando a sus propios dioses: Oxalá, Changó, Olorúm, Jemanjá. Tu vieron que pasar muchos años para que la esclavitud terminara. Luego, con la libertad a cuestas, surgieron religiones que fusionaron las creencias

africanas con el catolicismo, como Umbanda o Candomblé, satanizadas y perseguidas por el Estado hasta mediados del siglo XX.

Llevaba pocos días viviendo en Brasil cuando me enteré de que el dos de febrero era la fiesta de *Nossa Senhora dos Navegantes*, la celebración religiosa más importante y tradicional de Porto Alegre. Esta ciudad queda a una hora de Viamão, mi nuevo hogar desde que salí de Colombia a finales de diciembre. Sin dudarlo agendé para ese día un viaje a la capital de Río Grande del Sur. Era un buen motivo para conocer un poco la cultura y el agite del país que me acoge.

Mientras se acercaba la fecha, leí sobre el tema: los fundadores de Porto Alegre en 1742, portugueses provenientes de las islas Azores, consideraban a la madre de Jesús como la santa protectora de los mares. La imagen de Nuestra Señora de los Navegantes llegó a Porto Alegre en 1871. Era obra del escultor João Alfonso Lapa, quien tuvo que volver a hacerla en 1910 después de que un incendio la destruyera junto a la capilla de su mismo nombre; la reconstrucción de la iglesia estuvo a cargo de los devotos y la reinauguración se celebró tres años después.

La celebración consiste en una procesión de miles de personas que llevan a *Nossa Senhora* de una iglesia a otra, seguida de un desfile fluvial sobre las aguas del lago Guaíba. El obispo, el alcalde, el ejército a caballo, los feligreses, la fe, el bullicio. Imaginé cómo sería

el calor y el sofoco ese dos de febrero, con temperaturas de cuarenta grados, mientras buscaba imágenes de la virgen de los navegantes. Una virgen católica, común y corriente, parada sobre una canoa inundada de flores, con un niño en sus brazos y tres ángeles a sus pies; de la mano del niño, que mira impávido una tempestad mortífera que solo él puede ver, cuelgan un cordel y un ancla.

Como si la pantalla del computador fuera el mismo mar, mientras veía esas imágenes de la virgen emergió la atractiva diosa Iemanjá. Apareció imponente con sus palmas abiertas dejando caer perlas al agua. No fue difícil reconocer el sincretismo entre estas dos santas. Tampoco cambiar la celebración católica por la africana. Ahora el paseo era a Cidreira, en el litoral, la ciudad más umbandista de Brasil. Los dos primeros días de febrero Cidreira se convierte en el epicentro de la adoración a Iemanjá, con procesión nocturna y rituales en la playa al son del fujero y los tambores. Las numerosas casas de religión de Umbanda prometían más diversión. Además, el mar siempre inclinará la balanza a favor.

La primera estatua de Iemanjá que vimos en Cidreira era tan grande como nosotros. Parada en la acera, y un poco bisojo, invitaba a entrar a un local que vendía pequeños barcos azules con los cosméticos y la vitualla para ofrendarla. Cada embarcación costaba sesenta reales, unos 51 mil pesos. También vendían velas y pareos con la imagen de la diosa.

Llevábamos una hora buscando hospedaje, pero todo estaba ocupado. Habíamos llegado a las 10:30 de la mañana, después de esperar una hora en la autopista el bus que nos llevó de Viamão al litoral norte de Río Grande del Sur. El viaje fue lento, en medio de una larga cola en la que iban autos con gente vestida de blanco.

Rayando el mediodía por fin encontramos hospedaje a dos cuartos de la costa. El *casal*, es decir el casero, la pareja, valía 150 reales. En la recepción se destacaba una virgen negra acomodada sobre un escaparate. Luego de refrescarnos en la habitación, salimos a comer churrasco. A pesar de ser un pueblo costero, el hecho de estar en una región gaucha hace que se consuma más

carne que pez. La cerveza en litro, que conserva su temperatura helada gracias al grueso termo con que la recubren, era el único medio para combatir el calor y acentuar nuestras expectativas: se calcula que en Brasil existen cinco millones de umbandistas, y su celebración más popular y difundida es la de Iemanjá.

A las 8:30 de la noche el cielo aún pertenecía al día. A esa hora arrancó la procesión, organizada por la Fauers (Federação Afro Umbandista Espiritualista do Estado do Rio Grande do Sul). Minutos antes habíamos llegado al punto de partida, una concha acústica en el centro de Cidreira. Una efigie de Iemanjá estaba montada en la plataforma de un moderno camión, y los feligreses, la mayoría mujeres, hacían su aparición con camisetas blancas, collares y ramos de flores. Algunas señoras mayores parecían disfrazadas de la diosa pero con turbantes. Por megáfono, uno de los organizadores explicó que la caminata iría hasta la Terminal Turística y ahí giraría hacia la playa.

Tres canciones pop dedicadas a Iemanjá sonaron a lo largo de los dos kilómetros de procesión. En lugar de tambores y cantos africanos, los feligreses aplaudían cuando el hombre del megáfono agradecía a la divinidad o la presencia de todos a pesar de la lluvia, una lluvia etérea que ni siquiera tenía posibilidad de apagar las velas que cada persona llevaba a la altura del pecho. Al principio eran unas cien, pero luego, cuando la gente agolpada a los lados de la avenida Mostardeiro se fue uniendo, la procesión alcanzó unas 300 personas. El ambiente parecía más católico que cualquier cosa y era imposible no sentirnos decepcionados.

A las 9:30 se veía ya la noche en el cielo estrellado. Un altar a la reina de los mares con veladoras y flores nos dio la bienvenida. Por una callejuela que desembocaba en la playa la procesión se empezó a confundir con el resto de gente. A lado y lado, las ventas de churros, longanizas, hamburguesas, helados, camisetas, estatuillas y artículos religiosos sugerían una atmósfera de carnaval. Atropellando el humo de las presas al carbón, el camión entró a la playa y parquéo en la zona que la Fauers tenía reservada para divulgar sus avisos



parroquiales. Allí, un abanico de santos, entre ellos Jesús, San Miguel Arcángel, Oxóssi y la recién descendida Iemanjá, escoltaba a los líderes de la Federação. Un concejal, el alcalde y otros funcionarios esperaban su turno al megáfono. A juzgar por el protocolo y el tono de los discursos, el sincretismo también es político.

Ahuyentados por ese aire oficial decidimos ir a otro lugar. Cerca de la playa humedecida por el vaivén de las olas, tres personas arrodilladas cavaban un hueco en la arena para que la brisa no apagara las velas que iluminaban la ofrenda a Iemanjá. Estatuillas de Changó, Jesús y la misma diosa del mar ya estaban dentro de la goleta. Elaine da Silva Martins, umbandista hace doce años, nos contó que llevaron un barco con santos y otro para arrojar al mar con perfume, peines, aretes y labial. "Ella es muy vanidosa... Todos los años venimos aquí a Cidreira para esta celebración".

Aunque el rugido del mar y el viento opacaban la conversación, ya de por sí difícil porque no dominamos el portugués, seguimos hablando con Elaine. "No le estoy pidiendo nada a Iemanjá, ni agradeciendo nada. Es nuestra ofrenda, es para cumplir nuestra obligación con ella". Era bajita y morena y la brisa le alborotaba el pelo negro ensortijado. Nos contó sonriente que la Umbanda tiene origen nigeriano, "de los esclavos, es una religión de mucho sincretismo, nació aquí en Brasil y se extendió por otros países. ¿En Colombia no existe Umbanda?".

Rosni Lemos, vestido de blanco de pies a cabeza como su esposa Elaine, vino hacia nosotros. La pareja es de Gravataí y no hace parte de ninguna casa de religión sino que practica libremente sus ritos. El hombre no fue tan sonriente pero se preocupó más porque entendíamos; nos dijo que cada santo católico tiene su equivalente en la iglesia umbandista: "ellos tienen a San Jorge, nosotros tenemos a Ogum; ellos tienen a San Jerónimo, nosotros tenemos a Xangó; ellos a la virgen, nosotros a Iemanjá; Jesucristo, Oxalá". Mientras hablábamos, su suegro moldeaba una muralla que rodeaba el hueco en la arena. "Los esclavos africanos adoraban a sus dioses pero aquí se encontraron con las creencias cristianas, entonces para poder adorar a sus orixas los transformaron o los fundieron con dioses que ya existían y que eran aprobados por sus amos". Así fue que Iemanjá terminó "branzinha".

Un sonido de tambores acompañado de cantos africanos viajó hasta la orilla del mar. El ritual de la Casa de Umbanda Ogum Beira Mar había empezado. En un costado del *terreiro* escogido y cercado con palos, tres muchachos hacían la música. Cantaban en yoruba, una lengua nigeriana. El rectángulo era un poco más grande que un ring de boxeo, con una salida en dirección al mar. El ritual era liderado por el Pai, o babalorixa, el gran jefe de la casa de religión; con una capa verde, fumando un tabaco de olor amargo, se paseaba por el terreno bendiciendo a los suyos. Los devotos bailaban en su puesto y bebían algo que parecía ron. Los médiums, que son devotos en proceso de convertirse en babalorixas,

algunos con capas o cascos con penachos, seguían los pasos del Pai.

Los tambores eran cada vez más potentes y los cantos indescifrables no paraban. Con el paso de los minutos los participantes entraron en una especie de trance. Los bailes ahora tenían más movimiento. Entre todos se abrazaban, se oían las manos, se chocaban los antebrazos y se besaban las mejillas. El Pai se acercaba a cada devoto y parecía darle la orden de ir al mar; alguno de los médiums acompañaba al elegido a las aguas saladas para su encuentro con Iemanjá. Todos parecían poseídos por los dioses. Cuando regresaban del mar se tiraban durísimo contra la arena y el golpe producía un ruido sordo; luego se revolcaban frente al altar, adornado con ofrendas e imágenes sagradas.

Cada vez llegaba más gente. Las diferentes casas de religión, en grupos de entre diez y cincuenta personas, elegían su terreno y lo preparaban para sus ritos. A medianoche la playa era un hervidero. Según la prensa, diez mil personas entre umbandistas independientes, integrantes de casas de religión y público en general se hicieron presentes en este sector del litoral durante la celebración. Veleritos azules, comida, botellas de sidra, velas encendidas y artículos de belleza invadieron el mar y la playa. Ángela Gianpaoli, integrante de la casa de religión de Zé Pilintra, nos contó que la diferencia entre Umbanda y Candomblé es que esta última se celebra sobre todo en el nordeste del país, por ser una región con más influencia africana. Sobre la celebración a Iemanjá, dijo que cada templo hace lo suyo, y soltó su prédica: "yo no estoy de acuerdo con el tema de las ofrendas porque contaminan la playa. ¿Qué sentido tiene arrojar toda esa basura al mar y luego ir a bañarse allí?".

A lo largo de la costa las casas de religión también ofrecieron sanación al público, y vimos filas de decenas de personas que esperaban ser atendidas, buscando claridad. Las ialorixas, o las Mai, y los guías o médiums, se paraban frente al paciente y en tres minutos de toqueo y humo de tabaco limpiaban su mente y equilibraban sus emociones. Por la callejuela seguían llegando centenares de feligreses, con atuendos tan pintorescos que en un momento nos sentimos en una fiesta de disfraces elegantes donde sobresalían faldas esponjadas y coloridas. La venta de comidas, ropa y *souvenirs* fue creciendo, y el ambiente ardía en una mística que se apoderaba de todo.

Cuando fuimos a tomarnos una cerveza a la feria vimos un extraño animal sumergido en un plato; era como un pepino rugoso y poseído que no paraba de moverse. Su nariz puntiaguda salía a flote y hacía circular un juguete con forma de ojo. Los suyos eran negros, finos y redondos. Luego supimos que era una especie de camarón negro, un espécimen nativo que parecía traído del mar de los infiernos.

En la madrugada, antes de que saliera el sol, una mujer que se habría confundido con la noche si no hubiera llevado un vestido blanco cantaba sola mientras caminaba hacia el mar con los brazos abiertos. Detrás, cuatro devotas llevaban sobre sus cabezas un barco del tamaño de un ataúd infantil. Entraron



despacio al mar y con el agua en la cintura impulsaron suavemente la embarcación llena de ofrendas, para que Iemanjá emergiera otra vez de las profundidades del océano, no para alertar con sus cantos a los navegantes incautos sino para ser complacida.

Cientos de barquitos despedazados, trozos pisoteados de sandía, flores maltruchas, restos de comida y montones de basura plástica no impedían disfrutar de la playa de Cidreira durante la mañana del domingo dos de febrero. Mujeres y hombres se doraban bajo el fuerte

sol. Mientras en la orilla del mar dos niños jugaban con un pedazo de madera azul, en algunos lugares de la playa aún se vivía la celebración. Unos participaban de la sanación, y una que otra casa de religión terminaba su ritual. La feria en la callejuela seguía en su furor pero ya no había rastros del camarón negro. En ese mismo punto había una venta de camisetas que la brisa sacudía; la hermosa reina del mar parecía viva, parecía llamarme con su serpiente. Decidí entonces que en adelante Iemanjá iba a ser mi diosa. Ahora la llevaba estampada en el pecho. ☺





Universo Centro inaugura lo que esperamos sea un bosque arbitrario y sorprendente. Tendremos en cada número la historia de un ejemplar de antejardín, una rareza de sardinel, una especie endémica de parque, una enredadera de patio. Nuestra pequeña expedición botánica en taxi.



por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Fotografías: Juan Fernando Ospina

El anciano más venerable del Parque Bolívar no se sienta en las bancas ni en los sardineles. Se la pasa de pie todo el tiempo, cerca de la calle Ecuador, apoyado en dos estacas. Llegó al parque en los años veinte, pero solo en los cuarenta se supo que tenía parentesco con una familia conocida. Y aunque sus otras ramas permanecen en el misterio, los que saben dicen que es de aquí, de una cepa oriunda de la Villa. Cualquier peatón pasa cerca de él sin notarlo. No aparenta los años que tiene, es bajo de estatura y suelta unas pelusitas rojas a manera de publicidad que algunos recogen. Dicen que ha sido estéril. Se le ve muy encorvado, pero no es por la edad. Aquellos que lo conocen saben que es así desde chiquito. Al verlo uno recuerda la canción: "No se puede corregir a la naturaleza / Árbol que nace doblao jamás su tronco endereza". Si un fulano se acerca a mirarlo mucho o a tocarlo, tal vez escuche el grito de unos pelados del parque: "¡Ey, home!, ¿qué le vas a hacer al árbol?". Lo han adoptado como un símbolo de sus vidas, que tampoco se enderezan fácil. La pequeña cofradía impide que nadie atente contra el viejo. "Si vemos que alguno se va a orinar en él, lo sacamos volando", aclara uno de la hermandad. Con todo y esto, los días del árbol están contados. Nadie entiende cómo hace para transportar savia hasta cada una de sus hojas si la mayor parte del tronco está carcomido. "Anda en las venas", dice un habitante de calle. Por décadas recibió el vapuleo de los que se colgaban de sus ramas, los que hacían fogatas encima de sus raíces, los que lo usaban de retrete. Está en pie de milagro, tal vez porque tiene, como buena leguminosa, la fe del carbonero.

LOS DÍAS DE LA CALLIANDRA



Desaliñado, nudoso y sin una gran fronda, nuestro personaje se parece al de la novela de Chamisso, que vendió su sombra; no se reconoce por sus frutos, ni inspiró jamás un bambuco como *El Limonar*. Tiene algunos amigos que lo quieren porque es torcido. Pero más allá de eso, hace parte de un curioso y duro hallazgo científico: solo quedan en la Tierra, vivos aunque achacosos, media docena de estos árboles: los cinco del Parque Bolívar y el de Mon y Velarde. Un augurio que confirmó Ramiro Fonnegra, biólogo experto en flora antioqueña. La historia echó sus primeras hojas en los cuarenta, cuando un botánico local, Rafael Toro, estaba mostrándole a una pareja de gringos las arboledas del Club Campestre. El anfitrión y los viajeros, Britton y Killip, colectaban en sus portafolios las plantas curiosas, a la caza de alguna nueva para reportar a la ciencia. De pronto, desde la copa de un árbol una flor desconocida atrajo la mirada; tenía la forma de un cono o de una brocha roja. Era un carbonero, pero no como los otros que habían visto. Tenía hojas más pequeñas, varias flores pegadas en un mismo gajo o inflorescencia, y era un poco más alto que sus otros parientes. Estaban ante una especie desconocida. La clasificaron como *Calliandra medellinensis*, pues jamás fue vista fuera de la ciudad. Luego, otros estudiosos intentaron reproducirla con las únicas

semillas que se encontraron en las vainas del árbol doblado del parque. Nunca lo han logrado, ni se ha sabido cuál es el agente natural, abeja o colibrí, que lo poliniza. Los cambios ambientales lo alejaron de estas flores. Digamos, sin temor de irnos por las ramas, que de la especie bautizada como *Calliandra medellinensis* nacieron pocos y se criaron menos. Además, todos pegaron en el mismo sitio. Un raro endemismo, lo llaman los que saben. Y más raro aun: las semillas que lanza nuestra venerable planta no germinan ni con la buena mano de los científicos. Los árboles hablan poco, ha dicho el poeta Eugenio Montejo, pero estos parecen recordar esa consigna fatal de la ciudad hace unas décadas: "No nacimos pa semilla". En 2007 un congreso de botánica adoptó a la *Calliandra* como el árbol oficial del evento. Varios expertos fueron a contemplar los cinco sobrevivientes del parque, incluido el que nació torcido y da semillas hueras. Se asombraron del abandono en que andaban estos ancianos. Además de soportar el acoso de una banda de plantas parásitas, del combo de las epifitas, que les robaban el aire, la especie *medellinensis* padecía de un mal común en la ciudad: estaba amenazada. Se habló entonces de la reproducción mediante tejidos, en laboratorio, pero la investigación quedó aplazada por los altos costos. Salvar la flor de Medellín, como se llamó por esos días a esa especie de pelusa roja que da vueltas por el parque, podría ser labor de otra cofradía. En la ciudad hay varios grupos de amigos que los domingos por la mañana no se levantan a lavar el carro sino a darle ronda a los árboles que han sembrado y a otros que quieren revivir. Juan Carlos Velázquez, por ejemplo, es un piloto comercial que aterriza de un vuelo de seis horas para ir con su amigo León Morales, profesor jubilado, a mirar el piñón de oreja de Robledo, el algarrobo del zoológico o la ceiba rosada de Palacé. De pronto suena el teléfono. Es León que llama a Juan Carlos para darle un pésame. "Ya sé qué me vas a decir", dice el otro. "Sí, era eso. ¿Cómo supiste? ¡Se nos murió el guayacán de Bulerias!". Si la *Calliandra medellinensis* desaparece tal vez alguien lo registre en un cuaderno, como la vez que un borracho de Islas Canarias mató al último dodo que quedaba sobre la Tierra. La frase será lapidaria: murió de pie como todos los árboles. Y a todas estas, ¿qué pensará la *Calliandra*? Si los árboles no hablan, Montejo lo hace por ellos: "Es difícil llenar un breve libro con pensamientos de árboles. Todo en ellos es vago, fragmentario. Hoy, por ejemplo, al escuchar el grito de un tordo negro, ya en camino a casa, grito final de quien no aguarda otro verano, comprendí que en su voz hablaba un árbol, uno de tantos, pero no sé qué hacer con ese grito, no sé cómo anotarlo".



Donde Juan Camilo yace

¡Ni riesgos! ¿Sus cenizas en un osario?, ¿en un cementerio?, ¿en el sótano de una iglesia? No. No las de Juan Camilo Uribe, se hubiera aterrado de saber que eso iban a hacer con él después de muerto. El artista, el irreverente, el ateo, debía descansar en un sitio que lo hiciera feliz. Para ello, su familia y amigos le escogieron tres lugares. Uno de ellos, el Museo de Antioquia. Casi nadie lo sabe.

Una noche de ese mismo mes de mayo, unas veinte personas se reunieron en el Museo. Entre ellos había familiares y amigos, como el curador Alberto Sierra y los artistas Hugo Zapata, Álvaro Marín, Óscar Jaramillo, Marta Elena Vélez y Ronny Vayda.

Fue en mayo de 2005 cuando murió el hombre que consolidó su carrera a través de imágenes religiosas populares. Parte de las cenizas del creador de *Bandeja paísa* fueron a parar junto a una quebrada en la finca San Jorge de Bocaná, en el corregimiento de Santa Elena, que él tanto quería. Otro tanto, recaló debajo de un árbol de mangos, en la finca de su gran amigo Óscar Salazar. El resto, está en el patio norte del Museo.

"Después de unas palabras sobre su vida y su obra, cada uno tomó un puñado de cenizas y las esparció por los jardines", relata su hija, María Uribe. "Su amigo Pedro Osorio me pidió permiso para echar una pizca de las cenizas en su ron, para tomárselo en el brindis que hicimos a nombre de mi papá, porque, como nos dijo: 'quiero que se me quede en el corazón'. Ese fue el último *performance* de Juan Camilo, la última obra que hizo para que la gente interactuara. Y la obra de arte fue él", recuerda.

"Siempre tuvo una conexión muy grande con el Museo de Antioquia, fue un lugar que significó mucho para él. ¿En dónde más debería descansar un artista?", pregunta Maryluz Olarte, la madre de su hija.

El artista descansa donde es feliz: en una quebrada, en un árbol de mango, en un trago de ron, en los jardines del Museo de Antioquia. "Y eso no es nada extraño, era lo que él hubiera querido. Puede sonar muy raro, pero yo sé que él debe estar muy contento", concluye Maryluz Olarte.

www.museodeantioquia.co

Fotografía de Byron Alfari

Ayudar a un perro o gato es muy fácil

Hay muchas formas de hacerlo

Una de ellas es apoyando las jornadas de esterilización que la Corporación RAYA realiza en municipios olvidados por el estado. Con tu donación podemos seguir lográndolo.

CONTÁCTANOS

- corporacionraya@une.net.co
- Ahorros Bancolombia 238 974 972 21
- cel. 3176490682
- Cada esterilización tiene un costo de \$40.000

www.corporacionraya.org

raya

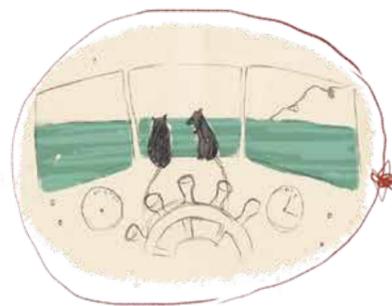
ARTEPRENSA

en www.arteprensa.info, Facebook y Twitter.

EL CRUCERO DE LAS RATAS

por ROBERTO PALACIO

Ilustración: Elizabeth Builes



Ahora mismo, mientras pongo los puntos sobre las íes de esta oración, y seguramente aún en el momento en que llega a sus ojos, en la mitad del Atlántico Norte, en algún lugar entre Canadá e Inglaterra, flota a la deriva entre mares de leva y aguas arremolinadas o quietas como un espejo, vaya uno a saber, un crucero de fabricación checa y tamaño mediano atestado de ratas caníbales llamado el Lyubov Orlova. Parece una historia de terror, un reporte amarillista y brutal, pero cada palabra de la oración anterior, durante cuya redacción la nave fue llevada por las corrientes unos metros más hacia las islas británicas —viaje del que ha completado dos terceras partes, o al menos eso se cree—, es verídica.

Hace mucho que nadie la ve, no porque se oculte en dimensiones paralelas, sino por desidia y repugnancia en esta dimensión: ¿Quién querría hacerse cargo de una embarcación de cuatro mil 250 toneladas, infestada de lo más cercano a la peste bubónica que conocemos? La nave se perdió durante una tormenta en altamar, cuando a comienzos de 2013 la línea de arrastre de un remolque canadiense que la tiraba hasta un cementerio de barcos en República Dominicana se reventó. El barco se desvaneció entre la bruma y los torbellinos de la borrasca. Enviaron entonces una nave más grande, que rescató la línea y adentró al Orlova en aguas internacionales, lejos de las plataformas petroleras. El gobierno de Canadá no le gastó un dólar más, y emitió un comunicado en el que afirmaba que la nave “ya no representaba una amenaza para la seguridad de las instalaciones petroleras, su personal o la vida marítima”.

Pero, al parecer, el Orlova pensaba seguir el viaje por su cuenta. El 12 y el 23 de marzo del año pasado un objeto de tamaño coincidente encendió la luz de un radar en las costas de Escocia, pero los aviones que debían divisarlo no se tomaron la molestia de ser exhaustivos... Nunca lo vieron. La embarcación —no lo quiero insinuar porque es falso— no aparece y desaparece de la vista y los sueños de la gente como en una historia de Conrad; no hay que olvidar que en la expresión “nave fantasma” el epíteto “fantasma” es tan metafórico como el “algodón” del que están hechas las nubes. Simplemente es arrastrada por la corriente como un corcho en una bañera enorme. Lo que es seguro es que no se ha hundido, pues los botes de rescate llevan un radiofaro que se acciona al tocar el agua y solo se han activado dos que al parecer cayeron por accidente; si la embarcación estuviera en el fondo del mar, todos los salvavidas emitirían igual número de intermitencias. Espero que los botes no hayan caído al agua por acción de ratas que se tornaron inteligentes y perversas.

Si no supiera mejor, me permitiría creer que las ratas construyen complejas jerarquías en el interior de la embarcación, ávidas de llegar a tierra para dominar las lenguas humanas y derrocar a los gobiernos; si no supiera que la evolución opera con una lentitud exasperante, me daría la licencia de imaginar que una, ligeramente más grande que sus congéneres, se ha proclamado “Señor de las Ratas” y las demás se inclinan ante ella. En el colmo de la morbidez, imagino que lleva un símbolo

que le permite generar el terror propio de la crueldad humana: un collar con el ojo de su última víctima. Pero como sé que estas cosas son imposibles, no me queda más que imaginar los oscuros horrores que le aguardan a quien ose aventurarse sobre la cubierta o, peor aún, en las bodegas del Orlova.

Como la especie humana es variada y estulta, el cazador de barcos fantasma belga Pim de Rhoddes —nombre de por sí heroico y en extremo adecuado para un cazador de esta naturaleza—

lleva semanas intentando cazar el Lyubov Orlova para obtener un cheque de 820 mil dólares equivalente al valor de todo su metal putrefacto en el lejano Caribe, adonde se dirigía inicialmente. Imbuido de esa terca y digna seguridad de la que solo son capaces los pescadores, Pim le dijo al diario inglés *The Sun* que era cuestión de tiempo: “Ella anda por ahí flotando en algún lugar. Habrá muchas ratas y unas se comen a las otras. Si subo a bordo, tendré que esparcir veneno por todas partes”.

Solo para dejar registro, y para hacer constar que mi imaginación aún no se ha extraviado en el delirio como entre la bruma, las ratas sí se comerían las unas a las otras si estuvieran en un ambiente cerrado en el que carecieran de alimentación. Pero animales con mejor reputación también lo harían: los peces en un estanque que ha perdido sus fuentes de alimento, los sapos en tiempos de sequía; incluso es posible alimentar pollos con pedazos de sus congéneres, aunque partes notoriamente visibles del animal devorado estén a la vista.

En algunos aspectos las ratas son muy semejantes a los humanos: pelearán por comida hasta la muerte, aunque haya en abundancia. Imagine el lector sus periodos de escasez...

En tiempos de radio-faros y Google Earth (recordemos que hay una versión oceánica), ¿cuántas embarcaciones andan por ahí flotando en los océanos del mundo sin que lo sepamos? Al parecer las suficientes para que haya cazadores de buques fantasma. Cuando uno se adentra en los misterios de las naves extraviadas, casi llega a entender la maníaca fascinación que el mar y las cosas abandonadas que parecen cobrar vida propia en él tenían para Stevenson y Hemingway. Es un deleite recordar que Neruda trastocó ese misterio del abandono en su *Canción desesperada*: “Todo te lo tragaste, como la lejanía. / Como el mar, como el tiempo. ¡Todo en ti fue naufragio!”.

El barco fantasma más renombrado sin duda es el *María Celeste*: en 1872 se encontró a la deriva en el Atlántico, intacto, lleno de comida y agua potable, pero sin rastro de ninguno de sus tripulantes y ni una gota de sangre. Tras descartar las tormentas y los piratas, lo sucedido se convirtió en un misterio que nuestro siglo ha venido a llenar de, cómo no, naves extraterrestres.

Dirá el lector que en el siglo XIX había legítimos misterios a lo Edgar Allan Poe. Pero los buques fantasma aún recorren los mares, y en los últimos quince años se nos han escapado al menos siete embarcaciones con historias muy similares a las del siglo XIX. El *Kaz 11*, un catamarán de tamaño mediano, fue encontrado al norte de las costas de Australia en 2007, con el motor todavía encendido, los salvavidas puestos en sus colgaderas y los platos de los tres miembros de la tripulación servidos, pero sin rastro de sus ocupantes. No hay la más mínima pista de lo que pudo haber ocurrido. El *Nina*, un velero que en mayo de 2013 zarpó de Nueva Zelanda hacia Sidney, en junio se desvaneció, literalmente, luego de adentrarse en una tempestad. Sin embargo, inmediatamente después de la tormenta se recibió un mensaje de texto en el que se decía que se habían sorteado las aguas, lo cual animó una búsqueda en una cuadrícula de más de medio millón de millas sobre las aguas, pero nada se encontró. En octubre pasado imágenes de satélite mostraron la nave a la deriva cerca de aguas neozelandesas, aunque nadie la ha visto desde entonces.

Son historias apabullantes, llenas de ese extraño sabor adictivo que deja el misterio. Una cosa hay que agradecerle a lo abominable, a las desapariciones en el océano, a las ratas caníbales, a los cazadores de buques fantasma y al implacable mar: gracias a ellos, el misterio no ha muerto en el mundo. ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

CIRCOS TERRESTRES

El circo es antiquísimo (China, Grecia, Roma), pero sólo en la Inglaterra del siglo XVIII vino a consolidarse como hoy lo vemos; ojalá por mucho tiempo, porque una de sus magias es que, triunfalmente obsoleto, se niega a morir, así hoy le prohíben elefantes (varios circos mostraban al auténtico Sabú montando el elefante), tigres, aves y hasta monos (varios circos incluían a Chita, la amiga de Tarzán).

Leo en un aviso de prensa que los hermanos Gasca montaron carpa en Sabaneta. Como siempre que miro avisos de ese tipo, me prometo ir. Como siempre, no iré. Mi relación con los circos es desde hace mucho platónica. Pero los amo, sobre todo si son terrenales, si no tienen tres pistas, si no inauguran juegos olímpicos. El último que vi fue en Mompo; luces más que precarias, volatineros que luego se travestían en payasos, muchachas gordas, con celulitis, dos o tres perros sabios. Es mi mejor circo.

Y lo mejor del circo, al menos para mí, son los payasos. Al menos para mí, no se concibe esa carpa llena de prodigios sin sus maquillajes bizarros, sin sus narices rojas, sin sus zapatones absurdos, sin sus lagrimones de utilería. Fellini les hizo un precioso homenaje, en su película *Clowns*, que pocos recuerdan. Muchos han sido celebridades mundiales, como el suizo “Grock” (médico en sus ratos libres), o el catalán Charlie Ribel, siempre mudo, como el mejor Chaplin. Torpe la leyenda, antigua de siglos y reforzada entre otros por Leoncavallo, en su ópera *Pagliacci*, según la cual tras la máscara del clown se esconde fatalmente un hombre melancólico. De niño presencié un número circense en el que un corcel espléndido recorría al galope la pista, montado por un payaso de enorme peluca y traje estrafalario. Pronto nos dimos cuenta de que aquel personaje era un chalán de primer orden, por la seguridad de sus maromas y piruetas sobre aquel caballazo imponente. Lo que nadie pudo sospechar —por eso el redoble final de aplausos— es que al terminar su actuación el payaso se despojara de súbito de peluca y aceites, dejando ante la platea la visión magnífica de una mujer, muy joven y muy bella, dueña de una larga cabellera rubia y de una sonrisa radiante. No había en ella melancolía alguna. Claro que no era hombre.

CODA

Murió el 1º de enero el maestro Jesús Zapata Builes, gran músico, creador e impulsor de estudiantinas y de grupos vocales, divulgador, gestor, mecenas, siempre inquieto, siempre curioso, siempre generoso. Ni una línea mereció su muerte en la prensa escrita, ni una mínima mención en la radio. Fue un hombre muy noble, muy limpio de alma. Sabía admirar, sabía emocionarse. Su muerte no duele, llegó a ella sin pena. Tampoco duele el silencio de los medios, porque no se nombra lo que se ignora. ☹



DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clinica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

El escritor ha escogido un lugar común. Un lugar amplio que todos visitan y todos temen. Escogió el centro de la ciudad, un pozo inevitable. Dos libros atestiguan su devoción. Historias públicas y escandalosas, historias íntimas y escandalosas.



LA TEXTURA ADECUADA

por ÓSCAR MONTOYA

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Desde que era un niño el Centro de Medellín despertó una extraña fascinación en Jorge Mario Betancur. Su mitología, sus calles, sus edificios, sus personajes, las historias que se contaban sobre ellos fueron parte fundamental de su formación. En su juventud fue testigo de sus primeros lances amorosos, fue lugar privilegiado para la bohemia, fue el escenario de sus primeras incursiones en Guayaquil, ese barrio de tradiciones sombrías, repleto de encantos y de riesgos. En su madurez se convirtió en el tinglado de sus dos primeras producciones escritas: *Moscas de todos los colores*. Historia del barrio Guayaquil de Medellín, 1894-1934, del año 2000, y *Déjame gritar*, de 2013.

Vale la pena aclarar que el emblema que siente Jorge Mario Betancur por el Centro está exento de cualquier atisbo de idealismo trasnochado o de alguna exaltación del terruño. Por el contrario, su mirada está matizada por su experiencia como reportero durante la época más salvaje de la historia de Medellín, por la ironía, por el aquilatado conocimiento de sus carencias y posibilidades. Él sabe, mejor que nadie, de su inseguridad, de su polución, del abandono, de la furia de muchos de sus habituales y, especialmente, de sus conductores: "pese a todos sus defectos, a toda esa tensión que genera, me sigue gustando mucho el Centro, caminarlo. Medellín es una ciudad viva, que tiene mucha energía, mucho que ofrecer. Problemas habrá, desde ayer ha habido y habrá hoy y mañana, donde hay hombres siempre hay dificultades".

Una ciudad dentro de la otra. *Moscas de todos los colores* recrea la historia de Guayaquil, un lugar legendario del Centro, un puerto sin río o un puerto de montaña, según se quiera ver; una despensa inagotable, una cocina ambulante, un nicho de ladrones y tahúres. Tierra del diablo, edén de bohemios, de timadores, de los innumerables Jairos cuchilleros que se pasean por *Aire de tango*. Vividero de las muchachas malas, paraíso de la borrachera popular, refugio de escritores, pintores, músicos, periodistas, que le insuflaron prestigio al barrio donde Medellín perdió su inocencia.

Guayaquil era un mundo de alucinación, de voces numerosas: mercaderes, vagos, matones, prestamistas, culebreros de verbo fantástico y milagroso, putas con un tacón apoyado en la pared. En *Moscas de todos los colores* se aborda la historia de este barrio excéntrico, turbulento y vigoroso, que era "un centro en sí [...] Alrededor de este mundo de la compra y la venta aparecieron los más inverosímiles personajes, que además de intercambiar mercancías generaron la circulación de otros valores, creencias, mitologías, formas de pensar".

Los amores difíciles. Las seis historias que componen *Déjame gritar* parecen contrariar aquel estereotipo que afirma que el amor nos convierte en seres más felices, más armónicos. "Deshonra", "Argollas para una mujer negra", "Muchacha mala", "Aguas turbias", "Corral falso" y "El olor de ella" son historias repletas de turbulencia, de arbitrariedad, de locura, de violencia homicida, en las que las mujeres siempre llevan la peor parte. A pesar del tiempo transcurrido son historias vigentes, máxime en esta época en que las escandalosas estadísticas sobre asesinatos de mujeres son vergüenza de cada día. Como afirma su autor en algún pasaje, "aquí están sus casos como cicatrices de un pasado remoto o como si hubiesen acontecido hace apenas unos cuantos segundos".

En su momento—finales del siglo XIX hasta los años sesenta—estas historias fueron célebres casos judiciales, enmarañados y sangrientos, que coparon durante meses o años los estrados judiciales, las primeras páginas de los periódicos, las conversaciones de comadres y chismosos. El drama de la calle del Palo, el extraño caso de las señoritas de Ayacucho, el asesinato del edificio Fabricado fueron algunos de los sucesos más sonados. Pero en *Déjame gritar* se observa, detrás de la peripetia sangrienta, un trasfondo en el que se puede leer la evolución de la ciudad, se distinguen unos personajes memorables, se plantean unos interrogantes sobre el individuo y la condición humana. Además, está el Medellín del pasado: las cantinas de La Guaira, las fondas de Guaneros, los cines del Parque Bolívar,

las reposterías de Junín, los cafés de Maracaibo, los pasillos del Palacio Nacional, los billares de Palacé, las prostitutas de Maturín, los bailaderos de la carrera Bolívar, los bañaderos de El Jordán; ese Medellín casi mítico, que por instantes parece inventado. De las seis historias, la más impactante es "El olor de ella", la de Ana Agudelo y Abel Antonio Saldarriaga Posada, alias "Posadita", "la bella damita y el monstruo", como lo conoció la posteridad. Ella ascensorista y él celador del edificio Fabricado. Él estaba enamorado de ella, pero ese amor no lo hizo más tierno ni más comprensivo ni más indulgente. El domingo 13 de octubre de 1968, después de ingresar al edificio, Ana Agudelo desapareció y nunca volvió a ser vista con vida. Según el sumario y los archivos judiciales, luego de matar a la jovencita Posadita despedazó el cuerpo, lo mezcló con cemento y arena y lo emparedó entre los muros del edificio. La única pieza de la que no se pudo deshacer en el momento, la cabeza, la envolvió entre una bolsa y la introdujo entre uno de los ductos de ventilación. La peste que invadió a los pocos días el edificio diseñó el mapa para dar con la desaparecida. No obstante, lo que le llamó la atención a Jorge Mario Betancur sobre el caso no fueron la sevicia con la que el asesino descuartizó el cuerpo, ni la frialdad con la que desapareció sus partes, ni la obstinación con la que negó su participación en los hechos, sino algo menos truculento

y más importante: la época y las circunstancias en que se produjo este suceso sensacional: "este caso me permitió recrear ese mundo de finales de los sesenta, un mundo supuestamente nuevo, moderno, en el que se entraba en un universo de libertades. Lo más extraño es que en plena era de la emancipación apareciera un caso como este, una cosa impresionantemente. Fue una gran ironía que en ese preciso momento sucediera algo así, una cosa tan salvaje que ni hoy nos podemos explicar". El trabajo de Jorge Mario Betancur se asemeja al de un artesano, al de un sabueso con un olfato dotado para orientarse entre archivos históricos, judiciales y clínicos. Su reposada labor actual está muy distante de la agonía perpetua de su época de reportero, de los afanes del cierre diario o semanal. Su escritura está en las antípodas de los alardes experimentales o estilísticos; sin embargo, posee una consistencia que no se encuentra en autores más inventivos o con mejor factura literaria. Él no busca el dato escandaloso ni la peripecia inverosímil. Busca algo mas sencillo y complejo: "la textura en el tiempo, en el espacio, en los personajes. Hay gente mucho más talentosa que haría mejores trabajos con el mismo material. Pero fui yo el que busqué estas historias, el que las rastree, el que las encontré en los archivos. El que resucitó estos personajes olvidados. Esto también me hace diferente de los demás escritores, sobre todo de los que tienen afán".

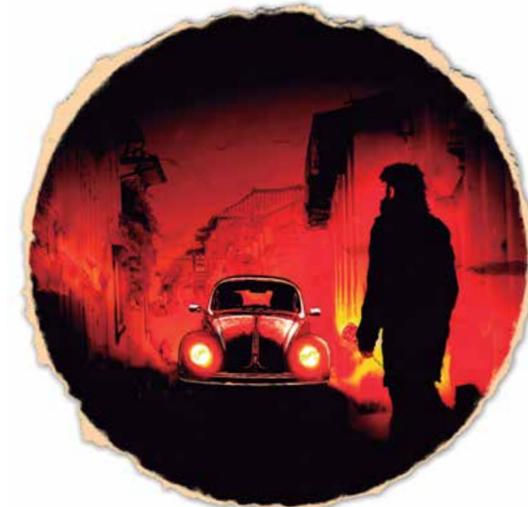


Esta rosa fue testigo

por DORA LUZ ECHEVERRÍA

Ilustración: Hernán Franco Higuita

Varios errores me llevaron a ese punto: el primero fue haber salido de la casa de afán, sin siquiera mirar si tenía algo de efectivo. Pero iba a llegar tarde a la cita médica en el Centro, y sabía que con el taco de mediodía cualquier minuto contaba. Por eso, para pagar el parqueadero en la tarde, después de esculcar todos los bolsillos, tuve que pedirle al señor que me seguía en la fila dos mil pesos para ajustar la cuenta. El segundo error fue haberme quedado en el Centro un rato más: Junín hasta el Parque Bolívar, la retreta, la fuente luminosa, toda la infancia despreocupada, me hicieron olvidar el tiempo y entonces subí al otro parque, el de Boston, hasta que la luz rosada del atardecer me devolvió a la realidad. Pensé entonces en las palabras del médico: "hay que operar... De pronto le queda media cara paralizada... Hay que operar...", y me dije que bien valía la pena todo solo por ver esa luz. "El sol de los venados", así llamaba mi abuela a los atardeceres. ¿Cuántos atardeceres tendría todavía? Recuerdo haber movido la cabeza fuertemente cuando lo pensé: hay cosas que es mejor ignorar o, por lo menos, creer que se ignoran. Después hubo otros dos errores: ofuscada por lo tarde que se me había hecho, y por la pena de haberle pedido plata a un completo extraño, salí del parqueadero y estuve a punto de atropellar a una señora que entraba y que me insultó gritándome: "culicagada marica, aprendé a



manejar". Gracias por lo de culicagada, pensé, a los cuarenta y pico eso es todo un piropo... Entonces, en vez de voltear hacia la avenida, donde me hubiera sentido más segura, seguí derecho. A otra hora pasar por Niquitao ya era peligroso para una mujer sola, pero entrada la noche era realmente un riesgo. Tal vez, con suerte, los semáforos estén en verde, pensé con el deseo, ese fue el otro error. Ola roja. Mi Volkswagen blanco reflejaba la luz roja una y otra vez. Muchas veces los había visto: salían de ninguna parte como si fueran la noche

misma en busca de la víctima más fácil, casi siempre una mujer despistada como yo, y la gente solo miraba el atraco de turno. Pedían poco, sí, pero en medio de la traba eran capaces de cualquier cosa. "La noche es joven y hay que darle un trago...". Roberto Fernández me había enseñado esa canción hacía ya muchos años, en un paseo lunático a San Agustín: "...de rojo vino como roja sangre...". Me metí en la canción para ahuyentar el miedo, conversando con Roberto como si todavía siguiera vivo, como si estuviera ahí, al lado, diciendo barbaridades;

nos gustaba tanto, especialmente el final: "toma una flor y arranca las espinas... Y a perfumar la vida la condenas". ¿Te acordás, Roberto? Apareció en el último semáforo. Sin darme tiempo de cerrar la ventanilla abierta—el error final—, el hombre, inimaginablemente sucio y maloliente, me dijo alterado, poniendo en mi cuello la punta de un cuchillo: "deme dos mil pesos por esta rosa o la mato". Aterrorizada, sabiendo la muerte como mi única opción, lo miré fijamente a los ojos mientras le decía: "me vas a tener que matar, porque no tengo un peso". El hombre se quedó mirándome durante un rato que se hizo eterno, viéndose en mis ojos, y de golpe comenzó a llorar. "Hijueputa", dijo, "hijueputa, hijueputa", repitió, "¿usted sabe hace cuánto tiempo no me mira nadie a los ojos?", y repitiendo la última frase, "¿usted sabe hace cuánto tiempo?", bajó el cuchillo en el instante en que el semáforo cambió a verde. Un olor a cementerio invadió el Volkswagen: era la rosa. El hombre la tiró dentro cuando arrancaba, diciéndome: "llévesela a mi casa. Lo único que recuerdo es el pelo crespo de mi hijita menor contra mi mejilla, y su dulce voz que me decía, como entre sueños, "estás temblando, mami". "No es nada, muñeca", le dije, "mira, te traje una rosa".

UNIVERSIDAD EAFIT
Abierta al mundo

Doctorados Maestrías y Especializaciones

- Administración
- Economía y Finanzas
- Ingeniería
- Ciencias y Humanidades
- Derecho

Investigación
Excelencia académica
Proyección nacional e internacional

INSCRIPCIONES ABIERTAS
a partir de marzo 19 de 2014

Renovación de la ACREDITACIÓN INSTITUCIONAL 2010-2018

Informes:
Línea de atención al usuario: 4489500
posgrados@eafit.edu.co
www.eafit.edu.co/posgrados

Ser viceministro es un honor que pesa. Un escalón que recuerda esa expresión “tan lejos, tan cerca”. Venezuela tiene 107 viceministerios. Son un misterio burocrático. Algunos son atendidos en un cubículo por un funcionario con teléfono de diadema. Pero el Viceministerio de la Suprema Felicidad merece atención. Sobre todo a la hora de las turbulencias.

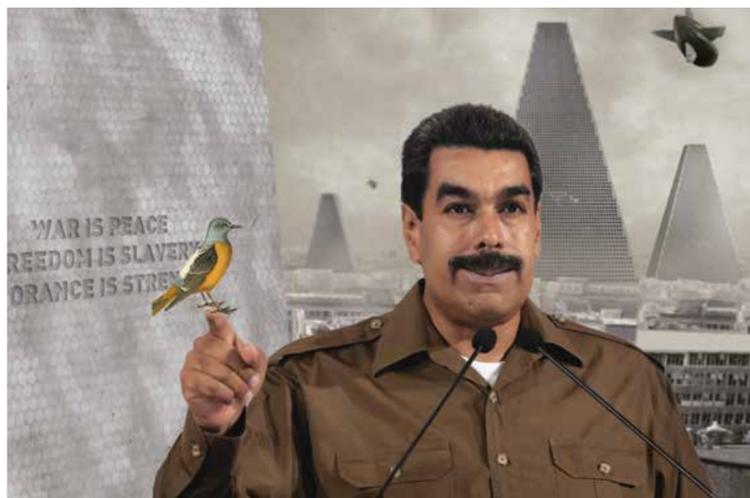
EL GRAN HERMANO BOLIVARIANO

Los que pensaban que solo el comandante Hugo Chávez era capaz de sorprendernos con su desparpajo, sus canciones y sus instrucciones para ducharse, hoy deben admitir que Nicolás Maduro les llamó la boca con la orden de crear el Viceministerio de la Suprema Felicidad. Al parecer esto no es ningún gracejo para amenizar una reunión sino algo serio, tan serio como la felicidad. La oposición respondió con ironía, tal vez porque les pareció una idea traída de los cabellos de Diosdado, quien también se pronunció para decir que Venezuela es uno de los países más felices del mundo. Y si es así, ¿entonces para qué crear un Viceministerio? Los funcionarios bolivarianos calificaron las burlas como “una estupidez” y se escudaron en una frase que atribuyen al Libertador: “El mejor gobierno es aquel capaz de ofrecer la mayor suma de felicidad posible”. Sensata la posición de Maduro al no conformarse con cualquier alegría pasajera sino lanzarse de una vez a decretar una felicidad en grande, la máxima posible, para todos. Burlarse de su idea es burlarse de Bolívar, según ha dicho el Gran Hermano Bolivariano. A esa suprema medida también se debe que le haya apostado a un viceministerio y no a un ministerio completo, una señal de prudencia que desmiente la idea de que el chavismo es una rama del realismo mágico. Al contrario, parece que el libro que siguen sus adeptos es *1984*, de George Orwell. Al leer un pasaje da la impresión que Winston Smith, el protagonista, podría cambiarse el nombre por Leopoldo López, el jefe de la oposición. Otro acierto de Maduro es que parece corregirle a Orwell algunas cositas que se le escaparon. Aquí va, de paso, un aparte de la novela que por estos días parece una crónica de la rebelión en la granja de enseguida.

1984 (fragmento)

El Ministerio de la Verdad —que en neolengua (la lengua oficial de Oceanía) se le llamaba el Minver— era diferente, hasta un extremo asombroso, de cualquier otro objeto que se presentara a la vista. Era una enorme estructura piramidal de cemento armado blanco y reluciente, que se elevaba, terraza tras terraza, a unos trescientos metros de altura. Desde donde Winston se hallaba, podían leerse,

adheridas sobre su blanca fachada en letras de elegante forma, las tres consignas del Partido: LA GUERRA ES LA PAZ LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD LA IGNORANCIA ES LA FUERZA Se decía que el Ministerio de la Verdad tenía tres mil habitaciones sobre el nivel del suelo y las correspondientes ramificaciones en el subsuelo. En Londres sólo había otros tres edificios del mismo aspecto y tamaño. Éstos aplastaban de tal manera la arquitectura de los alrededores que desde el techo de las Casas de la Victoria se podían distinguir, a la vez, los cuatro edificios. En ellos estaban instalados los cuatro Ministerios entre los cuales se dividía todo el sistema gubernamental. El Ministerio de la Verdad, que se dedicaba a las noticias, a los espectáculos, la educación y las bellas artes. El Ministerio de la Paz, para los asuntos de guerra. El Ministerio del Amor, encargado de mantener la ley y el orden. Y el Ministerio de la Abundancia, al que correspondían los asuntos económicos. Sus nombres, en neolengua: Miniver, Minipax, Minimor y Minindantia.



El Ministerio del Amor era terrorífico. No tenía ventanas en absoluto. Winston nunca había estado dentro del Minimor, ni siquiera se había acercado a medio kilómetro de él. Era imposible entrar allí a no ser por un asunto oficial y en ese caso había que pasar por un laberinto de caminos rodeados de alambre espinoso, puertas de acero y ocultos nidos de ametralladoras. Incluso las calles que conducían a sus salidas extremas estaban muy vigiladas por guardias, con caras de gorila y uniformes negros, armados con porras. Winston se volvió de pronto. Había adquirido su rostro instantáneamente la expresión de tranquilo optimismo que era prudente llevar al enfrentarse con la telepantalla. Cruzó la habitación hacia la diminuta cocina. Por haber salido del Ministerio a esta hora tuvo que renunciar a almorzar en la cantina y en seguida comprobó que no le quedaban víveres en la cocina a no ser un mendrugo de pan muy oscuro que debía guardar para el desayuno del día siguiente. ☹

Comenzaba la década del sesenta y la mayoría de los músicos negros no podían acceder a los canales de distribución en Estados Unidos. Vale recordar que en esa época lo que importaba era la canción, no tanto quién la interpretaba. Era común que un artista blanco se apropiara de un tema que venía de las listas del rhythm and blues negro, realizara una pequeña adaptación, algunas veces ligeros cambios en la letra, y luego lo lanzara con éxito en las listas de pop blanco donde el dinero fluía. Sobra decir que el artista negro que lo había escrito no recibía un centavo. Fue Chuck Berry el primero en hacer arreglos propios para acercar su música a los gustos de la audiencia blanca y así cobrar lo que antes caía en otras manos.

Entre 1964 y 1970 jóvenes artistas negros provenientes de ciudades como Detroit, Memphis y Atlanta se hicieron sentir en las listas de pop norteamericano; tal vez fuera una respuesta a la invasión británica que comenzó hace exactamente cuarenta años, cuando Los Beatles aterrizaron en Nueva York. Los artistas más relevantes surgieron de dos disqueras con diferente aproximación al asunto: Motown Records, disquera creada por Berry Gordy en Detroit, conocida como Hitsville USA; y Stax Records, llamada Soulsville USA, fundada por Jim Stewart y su hermana Estelle en Memphis, Tennessee.

En 1959 Berry Gordy Jr., ex boxeador profesional que había trabajado en las líneas de ensamblaje de autos, fundó Motown Records, disquera independiente que llegó a ser el negocio más grande de Estados Unidos con propietario afroamericano. Luego de quebrar con un almacén de discos dedicado al jazz, aprendió rápidamente cuál era el enfoque que debía dar a su nueva aventura musical y decidió llevar todo ese talento negro a las audiencias blancas donde estaban los dólares. Reprodujo el modelo de las líneas de ensamblaje de autos. Todo comenzaba con un equipo de compositores y productores musicales, quienes entregaban su labor a un equipo de músicos de estudio que luego se acoplaba con el artista que mejor se acomodara al trabajo. Gordy se reunía con los implicados en comités semanales donde incluía o eliminaba personas como elementos de una máquina, creando así un ambiente extremadamente competitivo.

En Motown se hablaba de etiqueta y coreografía. Gordy contrató a Maxime Powell para que



Cuando la música era en blanco y negro

por PEDRO VILLA

“educara” a todos esos músicos de origen humilde, y empleó a Cholly Atkins, conocido bailarín de Broadway, como profesor de coreografía; hablamos de quien enseñó a vestir y a bailar, entre otros, a Diana Ross y Las Supremes, Smokey Robinson, Los Temptations, Marvin Gaye, Stevie Wonder, Michael Jackson y sus hermanos.

En su afán por conquistar el mercado del pop blanco, Gordy generó constantes críticas. Se le acusó de sacrificar su identidad y la de su gente, aunque la verdad es que Motown y sus artistas fueron pieza fundamental en la construcción de la identidad de la cultura negra en Estados Unidos.

Paradójicamente, fue un hombre blanco quien fundó en 1960 Stax Records, disquera que se dio a conocer por promover hasta las últimas consecuencias y sin concesión alguna la identidad de la cultura afroamericana.

En muchos sentidos, los métodos fueron similares en Motown y en Stax, y ambas dependieron de un grupo de músicos de estudio: los Funk Brothers en Motown, y Booker T y los MG's en Stax. A diferencia de Motown, donde los roles de compositor y productor siempre fueron ajenos a los músicos, en Stax ellos recibían créditos y regalías por hacer parte de estos procesos. Cosa muy diferente vivieron los Funk Brothers, a quienes después de una vida de invaluable trabajo ni siquiera se les notificó que Motown emigraba a Los Angeles sin ellos. El southern soul de Stax incorporaba entusiastas expresiones emocionales, muchas veces asociadas con la música gospel, influencia que se percibía como algo más cercano a las verdaderas raíces religiosas, sociales y culturales de la población negra. Su audiencia buscaba una música que expresara esa creciente conciencia de identidad racial, todo en el contexto del movimiento de los derechos civiles que cada día se hacía más fuerte en el país. La audiencia blanca estaba fascinada con la “verdadera” cultura negra y su inalterado sonido del sur, que Stax prensó en los discos de Otis Redding, Wilson Pickett, Isaac Hayes y Aretha Franklin.

La razón de ser de una disquera es vender discos, y tanto Motown como Stax lo hicieron a su manera, cada una en áreas diferentes del mercado. Ambas fueron abrumadoramente exitosas, y lo que generó dichos logros no fue el enfoque racial sino el enorme talento de sus artistas y la maravillosa música que produjeron, música que blancos y negros escucharemos por siempre. ☹



HUMO NEGRO

Lo mejor que ha dicho Juan Manuel Santos sobre las drogas lo dijo con la nariz hace cerca de un año. Se arrimó curioso a una paca de moña del tamaño de una pequeña caja fuerte y olisqueó una esquina, más guiado por su memoria de cadete que por el libretto de la oficina de prensa. La foto daría para imprimir unos cueros. De resto se ha dedicado a declaraciones medidas en cumbres insulsas. En una discusión donde algunos gobernantes ya toman decisiones, Santos pretende ser líder regional con palabras de comunicado. Ha dicho, por ejemplo, que hay que elegir el camino mirando las evidencias y no los prejuicios. Pero decide volver a fumar coca sin importar que el Estado haya sido condenado por rociar a sus campesinos ni que haya pagado una compensación económica por fumar en el Ecuador. Tampoco le importa que los estudios muestren que por cada hectárea fumigada la reducción es de apenas 0,15 hectáreas.

Hace un mes, sin pretender reconocimiento pero con la idea franca de enviar un mensaje, en una entrevista en *The New Yorker* Barack Obama habló de la marihuana como un vicio corriente, un letargo de humo lejano de las fábulas demoníacas que construyeron los presidente gringos durante décadas. Cuando le preguntaron por el punto más sensible para cualquier político al hablar de las drogas, las conversaciones con sus hijas de 13 y 16 años sobre la idea de fumar hierba, Obama habló como un padre de familia sincero, práctico y liberal: “Como ha quedado bien documentado, fumé marihuana de joven y lo veo como un mal hábito y un vicio no muy diferente a los cigarrillos que he fumado durante mi juventud y gran parte de mi vida adulta. No creo que sea más peligroso que el alcohol... He dicho a mis hijas que es una mala idea, una pérdida de tiempo y no muy saludable”. Obama no es solo un presidente sin más retos electorales por delante, sino también un presidente negro, y esa condición es clave para sus

opiniones sobre la ecuación policía, cárcel, marihuana y Estado. En los últimos once años la policía de Nueva York ha realizado 440.000 arrestos por posesión de marihuana. Michael Bloomberg, alcalde de la ciudad entre 2002 y 2013, aseguró siempre que esas detenciones eran parte de una lucha contra el crimen. Pero detrás de las condenas a los consumidores se esconde una discriminación que habla de la mirada de los policías, de los filtros selectivos que acompañan a las leyes generales, impersonales y abstractas. Más del 85 por ciento de los detenidos eran negros y latinos. Los policías se concentran en barrios conflictivos y eligen sospechosos basados en estereotipos. Los blancos consumen hierba en proporciones muy similares a los negros y los latinos, pero son mucho menos escudados. En 1990 se detuvieron algo más de dos mil personas por posesión de marihuana, y en el 2013 la cifra llegó casi a 50.000. La marihuana se ha convertido en un gran pretexto, una simple trampa legal, para que

muchos jóvenes subidos de color terminen condenados en los tribunales. Vale más el perfil que el humo. Obama no solo conoce la dimensión racista de una guerra torpe, es imposible que ignore los recientes estudios de Human Rights Watch que han demostrado, luego de ocho años de seguimiento a más de 30.000 condenados, que apenas el 3,1 por ciento de quienes fueron detenidos con una o dos motas, dos o tres baretos o una bolsita cargada, tuvo una condena posterior por delitos graves. Ahora Bloomberg está en otra cosa y hay algo más de cordura. Eric Holder, Fiscal General de Estados Unidos desde 2009, ha anunciado que el Departamento de Justicia dejará de imponer las sentencias mínimas obligatorias de cinco años de cárcel a quien tenga más de veinte gramos de marihuana. La frase para acompañar esa decisión resultó hasta sonora: “Demasiados estadounidenses van a prisión, por demasiado tiempo, y por razones que no tienen que ver con una buena aplicación de la ley”.

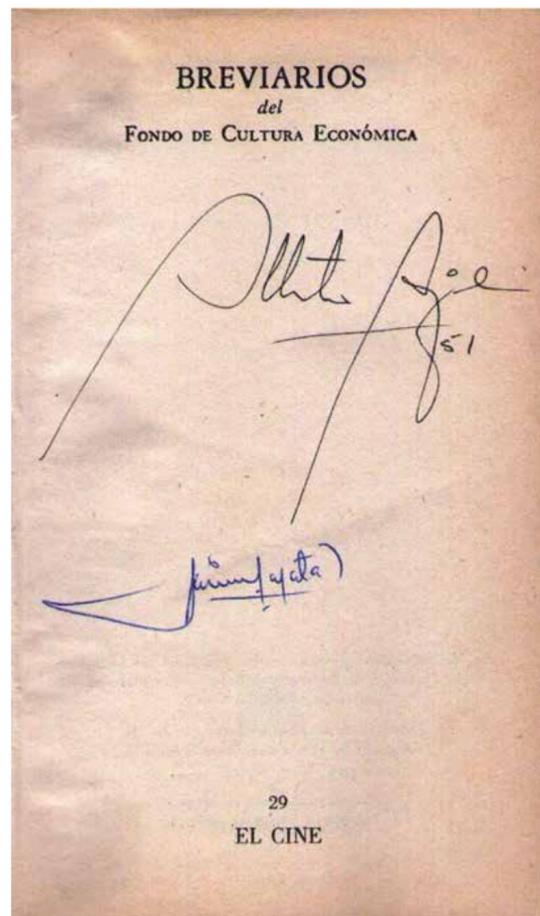
Pero no solo hay razones legales y raciales para que un negro en el poder mire con sospecha la persecución encarnizada de un “noble barillo”. Los autores de la banda sonora de los años cuarenta en Estados Unidos, negra en su gran mayoría, eligieron el humo del cannabis como divertimento e inspiración. Los problemas comenzaron cuando un sordo tocado por la locura decidió que “la marihuana era un atajo al manicomio”. Harry J. Anslinger fue el primer comisionado de la Oficina Nacional de Narcóticos, y se obsesionó con “el almacén de horribles fantasmas que produce un solo mes de humo de marihuana”. En 1949 planeó una redada para detener a las estrellas del jazz que consumían y hacían apología a la hierba. Es casi de lamentar que semejante grupo no se haya juntado en la cárcel durante una noche: Louis Armstrong, Count Basie, Cab Calloway, Duke Ellington, Thelonius Monk, Billie Holiday, Art Pepper, Charlie Parker, Jimmy Dorsey, Dizzy Gillespie, Miles Davies. Un superior de Anslinger desistió de la misión y se arruinó el concierto. Pero quedaron canciones e historias. Louis Armstrong estuvo nueve días en la cárcel en 1936 luego de ser sorprendido fumándose

un porro en un parqueadero de Los Ángeles. Armstrong llamaba *vipers* a los fumadores de hierba y era un iniciador consumado. Un propagandista con trompeta: “La marihuana es cien veces mejor que el whisky. Es agradable, produce una ebriedad que cuesta poco alcanzar, es buena para el asma y relaja los nervios”, decía sin que se lo preguntaran. Y cuando Johnny Carson, famoso presentador de televisión, le preguntó por su adicción, Armstrong respondió algo que ya es un clásico: “Hace más de cincuenta años que fumo y nunca he creado dependencia... Nosotros siempre veíamos a la marihuana como un tipo de medicina. No pensaba que fumar hierba fuera un delito y veía las diferencias entre los *vipers* y aquellos que usaban otras drogas”. Hace ochenta años los negros eran perseguidos por cantar entre nubes de humo *Gimme a pigfoot* (*And a bottle of beer*), una canción que comienza con la negativa a pagar un cóver de 25 centavos y sigue con un estribillo que pide un baretto y una botella de cerveza o un vaso de ginebra. Parece que pronto llegará el momento para que los raperos de Queens hagan su versión sin esconderse. ☹



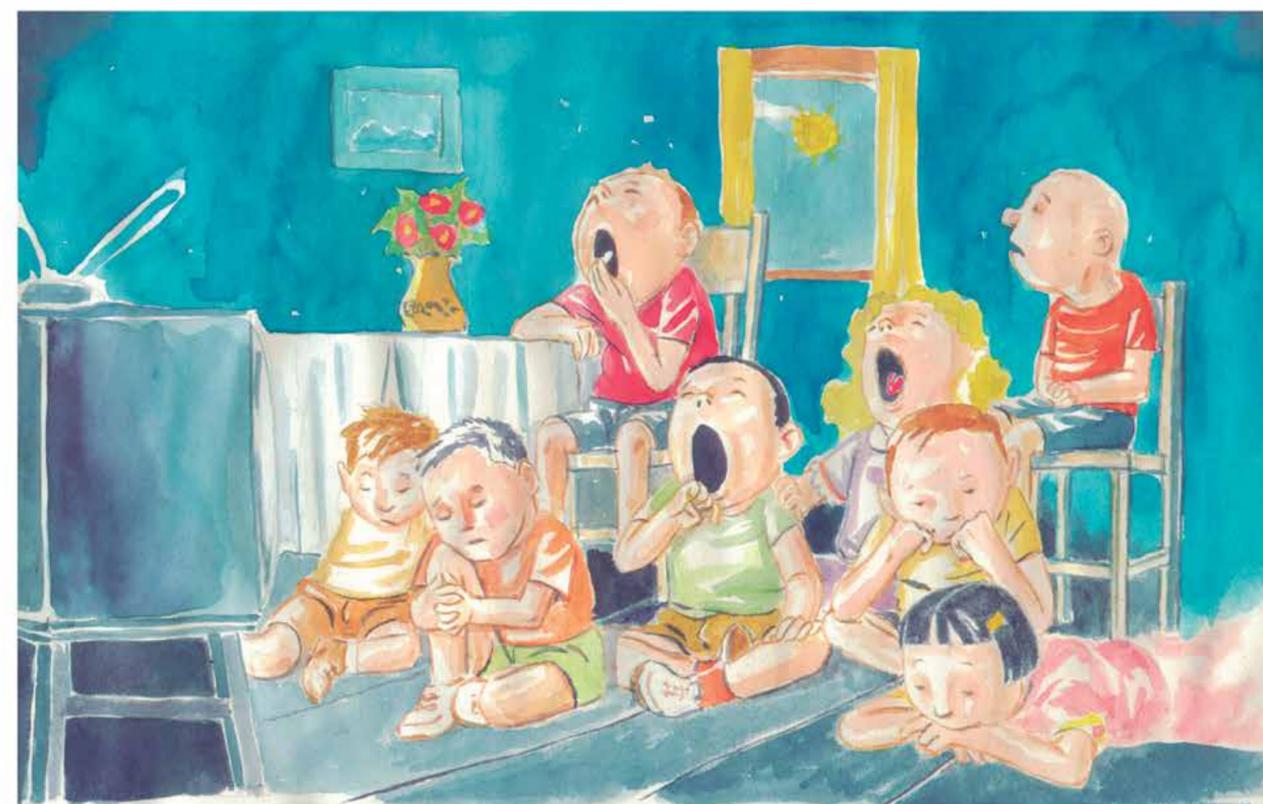
Aguirre me habla

por NEBUR ZELEV



Me salió barato el milagro de tu resurrección. Por solo diez mil pesos, en una de las esquinas más estratégicas del Centro de Medellín (la Oriental con Maracaibo) pasó un hecho de taumaturgo que no pasará al santoral. Varias razones me animaron a comprar esa reliquia. Su buen estado. La encima preliminar (tu firma, con fecha y todo). Su traductor del francés (Juan José Arreola). Su editorial (Fondo de Cultura Económica). Y la encima final (fotogramas de las películas “imperdibles” de los primeros cuarenta años del cine). ¿No crees que hice un buen negocio? Alberto Aguirre, y debajo de la arrogante rúbrica del hombre que nunca dio la impresión de arrogancia, el año de 1951. Un día de estos voy a someter esa firma al juicio de un grafólogo. Gracias a la grafología, sabré cosas sorprendentes sobre tu alma. Gracias a la datación, confirmo que fuiste un lector alerta. El manual que Georges Sadoul escribió sobre el cine cayó muy pronto en tus manos. Tres años después de su primera aparición fue cosa tuya. ¡Y bien tuya! Por solo diez mil pesos obtuve una de las piedras angulares de tu carrera de crítico cinematográfico. Sadoul, ese destructor feroz de la máquina de hacer plata y almas llamada Hollywood (y del sistema económico que la hizo posible), tuvo un alumno aventajado en Medellín. El cinéfilo francés creía que Stalin estaba construyendo la sociedad ideal. El colombiano, que Castro y Guevara habían creado al Hombre Nuevo. Un par de equivocados: la historia no les dio la razón. Pero no hablemos de política. No arruinemos una tarde primaveral. Ambulemos por este corazón, que fue tu hábitat y ya tiene tanto de tierra de nadie. Aquí podría rodarse una película sobre el cuarto mundo. Y el quinto. Y el sexto. El Hombre Nuevo no va a surgir en Colombia. Tal vez dentro de cien años, cuando todos seamos robots. Cuando no sea posible hablar a tontas y a locas, como lo estoy haciendo ahora. ¿Pero no es apenas normal que en medio de un hormiguero ofuscado se hable de una manera anormal? Esto es una olla a presión. Esto, para un recién resucitado, es un plato demasiado fuerte. Cojamos un bus de la ruta 192 y vámonos para un campo de paz, como el parque de Laureles. Fue en un bus centrífugo donde te pegaron el gran susto de tu vida, ¿no? Un muchacho de corte militar (¿o paramilitar?) se hizo detrás del puesto que ocupabas y te susurró al oído una amenaza con tintes religiosos. ¿Usted todavía por aquí? ¡Virgen del Carmen! Pocos días después te exiliaste en Madrid, donde no la pasaste mal. “El duro caviar del exilio”. ¿Por qué no en La Habana? ¿Acaso no era la casa del Hombre Nuevo? En la casa del doctor Botero (uno de tus anfitriones habituales en tu época de exiliado), te pregunté a quemarropa si ya te había pasado por la cabeza la idea de convertir tu prodigioso arsenal de testigo de cargo en una autobiografía o unas memorias. En todo caso, en algo más marmóreo que una columna. Algo que viva más de un día. De las personas sabidas y contestatarias que saben escribir uno espera una obra memorable, quemante, de esas que aquí no corren a piratear y a vender por un precio irrisorio en una esquina estratégica. Ese fuego se quedó en tu tintero. Aguirre, no cumpliste con el Libro.

Medellín, febrero 7 de 2014



www.cinéfagos.net
 cine colombiano · crítica de cine
 artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas

TEATRO PRADO
 EL AGUILA
 DESCALZA

Festival
 El baúl y la tapa

presenta:

Historia clínica

Teatro Prado
 Jueves y viernes:
 8:00 p. m.
 Sábados:
 8:30 p. m.

¡Una comedia a tu salud!

INFO 284 4211
www.aguiladescalza.com.co

Ciclo En Escena:
Nueva Sala interactiva Explora

parque
explora
MEDELLÍN

EL ESPECTADOR

MAGAZIN DOMINICAL

"OJO POR HOJA"

¿Cómo se hizo la separata cultural más recordada de Colombia?

Conversación de **Pascual Gaviria**, escritor y periodista, con:

Marisol Cano, periodista, directora del Magazín Dominical entre 1984 y 1997. Directora de la Fundación Guillermo Cano Isaza para la defensa y la promoción de la libertad de prensa. Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en entrevista, investigación periodística y trabajo cultural.

Juan Manuel Roca, poeta, periodista, ensayista, coordinó el Magazín Dominical de 1988 a 1999. Su amplia obra ha tenido lectores entusiastas y reconocimientos como el Premio Casa de las Américas de poesía José Lezama Lima, en Cuba, entre otros.

Parque Explora
Entrada libre

Jueves 6
de marzo
de 2014
6:30 p.m.

Foto: Juan Manuel Roca, por Carlos Pineda



Medellín
todos por la vida



Alcaldía de Medellín